

Cristo es todas las Cosas
y los
Asuntos Espirituales

Watchman Nee

CONTENIDO

1. Cristo es el camino, la verdad y la vida.....	4
2. Cristo es la resurrección y la vida.....	11
3. Cristo es el pan de vida y la luz de la vida.....	18
4. Cristo es todos los asuntos de Dios.....	27
5. No asuntos ni cosas, sino Cristo.....	38

INTRODUCCION

¿Cristo o algo más?

Los capítulos siguientes son algunos mensajes que este siervo del Señor dio hace algún tiempo. Los publicamos hoy en respuesta a la urgente necesidad que se manifiesta entre los santos con respecto a este tipo de mensajes.

Según el deseo de Dios y Su plan de redención, El determinó que Su Hijo, nuestro Señor Jesucristo, fuera la realidad de todo y de los asuntos espirituales. Cuando alguien lo toca a El, toca la realidad de todo y de los asuntos espirituales. Cuando alguien le recibe a El, recibe todas las cosas y los asuntos espirituales que Dios preparó. Sin embargo, el hombre reemplazó al Señor con muchas "cosas espirituales". Aun cuando el hombre piense que tales cosas provienen del Señor, en realidad lo reemplazan a El. Debido a esto, tales cosas no proporcionan una verdadera ayuda a la vida espiritual.

Nos encontramos ante un serio dilema. ¿Qué es lo que seguimos? ¿Qué es lo que encontramos y obtenemos en la esfera espiritual? ¿Es Cristo o es otra cosa? Si es Cristo, tocamos la realidad que Dios ordenó para nosotros. Pero si es otra cosa, no importa cuán buena y valiosa nos parezca, sólo tocamos algo vano e inservible.

Hoy Cristo está en el Espíritu, y para tocarle, debemos estar en nuestro espíritu. Para relacionarnos con lo que es ajeno a El, podemos utilizar nuestra mente, nuestro celo y nuestra habilidad humana, pero para tocarle a El, tenemos que utilizar nuestro espíritu, pues se requiere la revelación que viene de Dios. ¡Busquemos Su misericordia y Su gracia!

Witness Lee

CAPITULO UNO

CRISTO ES EL CAMINO, LA VERDAD Y LA VIDA

Lectura bíblica: Jn. 14:6

El Señor Jesús dijo: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida" (Reina-Valera, 1960). Esto nos muestra claramente cuál es el camino que Dios nos dio, cuál es la verdad que El nos entregó y cuál es la vida que nos impartió: es Cristo. Cristo es nuestro camino, nuestra verdad y nuestra vida. Por medio de El vamos al Padre. Todo lo relacionado con Dios es Cristo, Su Hijo. Es por eso que nuestro Señor dijo: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí". El Padre sencillamente nos dio a Cristo, no un cúmulo de virtudes separadas de El. Con mucha frecuencia en nuestra experiencia espiritual vemos y palpamos solamente cosas, las cuales no pasan de ser terminología y letra, y carecen de verdadero valor. Que el Señor nos abra los ojos para que conozcamos al Hijo de Dios. Lo que caracteriza la fe cristiana y su fundamento es que toda su profundidad y sus riquezas están contenidas en el conocimiento del Hijo de Dios. Lo que cuenta no son los métodos ni las doctrinas ni el poder que tengamos, sino cuánto le conozcamos a El. Si le conocemos, hemos hallado el camino, la verdad y la vida. Nuestro poder procede de ese conocimiento. Dios nos dio a Su Hijo, no un sinnúmero de virtudes aisladas. Lo que verdaderamente cuenta para Dios es que conozcamos a Su Hijo. Examinemos lo que significa "Yo soy el camino, la verdad y la vida".

CRISTO ES EL CAMINO

"Yo soy el camino". Un camino puede considerarse también un método. El Señor afirma que El es el camino para ir al Padre; El es el método por el cual nos podemos acercar al Padre. Si le tenemos a El, tenemos el camino o el método; de lo contrario, no tendremos forma de avanzar. El verdadero creyente en alguna ocasión ha aprendido la lección de que Jesús es el camino o el método. Cuando uno es salvo, va al Padre por el camino que es el Señor Jesús. Como mínimo ha tenido esta experiencia. El Señor Jesús es el camino, y nadie puede ir al Padre sino por El. Todo creyente sabe que El es el único camino. Damos gracias al Señor porque muchos creyentes han aprendido por lo menos esta lección, la cual consiste en ir al Padre por medio de Su Hijo, Jesús de Nazaret, quien es nuestro camino. Nosotros hemos tomado este camino por lo menos una vez. Dicho camino es Cristo mismo, no un método aparte de El. Es necesario que entendamos que no sólo nos acercamos al Padre por medio del Señor Jesús cuando somos salvos, sino que El sigue siendo el camino cada vez que nos acercamos a Dios. Fuera de El no existe un método que nos lleve al Padre.

Algunos creyentes se limitan a buscar métodos para alcanzar espiritualidad. En cierta ocasión un hombre estaba predicando acerca de obtener la victoria por medio de Cristo y no por el esfuerzo propio. Cuando terminó su mensaje, se le

acercó un hermano y le dijo: "He sido un fracaso durante años, pero hoy todo ha cambiado". El predicador le preguntó a qué se refería, y el hermano respondió: "He buscado el método que me conduzca a la victoria, y gracias al Señor, hoy lo descubrí. La victoria se obtiene por medio de Cristo, no de nosotros mismos". El orador le dijo con mucha sencillez: "Si lo que halló fue un método, lamento decirle que seguirá cayendo". ¿A qué se refería con esto? El Señor Jesús dijo: "Yo soy el camino". En otras palabras, el Señor Jesús es el método. El método no está separado de El, pues es El mismo. Si lo que buscamos no es más que un método, no obtendremos resultados. Dios no nos dio un método, sino a Su propio Hijo. Muchas veces oímos de las experiencias de otros y nos maravillamos, pero no nos damos cuenta que ellos tocaron al Señor, mientras que nosotros no pasamos de usar el método de ellos y, como resultado, seguimos fracasando. Esto se debe básicamente a que no comprendemos que el Señor Jesús es el camino.

Recordemos que creer en el Señor difiere enormemente de aplicar una fórmula. Algunos creyentes experimentan la gracia de Dios, y sus ojos se abren. Ven la clase de persona que son, se hacen al margen y ponen su fe en el Señor. Confían en que el Señor hará lo que ellos no pueden. En consecuencia, Dios los satisface y los libera. Poco después, otra persona puede acercarse a ellos y al oír su testimonio, pide a Dios que la ilumine también a ella; le pide que le permita ver cuán valioso es El, aprender a confiar en Dios, ser humilde y a negarse a sí misma. Pero para nuestra sorpresa, el primer grupo experimenta liberación, pero esta persona no. Esto obedece a que el primer grupo pone su fe en Dios, por haber tocado al Señor, mientras que esta persona no tiene fe, sino que está solamente utilizando una fórmula de fe. Ella no ha recibido a Dios, sino la receta que observa en los otros hermanos. En los métodos no hay poder alguno y no producen resultados, ya que son objetos inertes y no son Cristo.

Recordemos que en la esfera espiritual todo lo que esté separado de Cristo es muerte. Algunos personas podrían decir: "No comprendo por qué cuando algunos tienen fe, Dios contesta sus oraciones. Yo tengo la misma fe, pero Dios no me responde a mí. Cuando los demás acuden al Señor, El les da Su gracia, y aunque yo hago lo mismo que ellos, Dios no me concede la misma gracia". Da la impresión de que estas personas culpan a Dios de esto, y no se dan cuenta de que ellas creen en una cosa que no tiene vida. Una fórmula no tiene valor alguno, y un método carece de eficacia. Solamente cuando tenemos a Cristo, todo está lleno de vida. Aunque uno conozca todos los métodos, eso no lo hace un creyente. Los hijos vienen por ser engendrados, no se producen por medio de enseñanzas.

El Señor Jesús dijo: "Yo soy el camino". El es el camino y el método. ¿Es Cristo su camino? ¿Es El sus métodos? O ¿es su camino solamente otro camino, y su método otro método? Gloria sea dada al Señor. Si su método es Cristo, todo irá bien, pero si su método es un método más, por muy bueno y correcto que sea, seguirá siendo una receta muerta carente de valor espiritual. Muchas oraciones no reciben respuesta y muchos testimonios de creyentes no tienen efecto alguno, porque la persona no ha tocado al Señor sino que sólo imita los métodos de otros. Nosotros tenemos que tocar al Señor personalmente.

En cierta ocasión un hermano estaba predicando acerca de Romanos 6—8. Uno de los oyentes dijo: "Ahora sé cuál es el camino de la victoria. Por fin lo entiendo. Ahora sé que no volveré a fracasar". Otro hermano se acercó al que había predicado, e hizo un gesto de escepticismo. El predicador le preguntó qué estaba pensando, a lo que contestó: "Yo no puedo decir lo mismo que este hermano. El Señor abrió mis ojos, pero yo no me atrevo a decir que le vi a El, aunque tampoco puedo afirmar que no lo he visto". El segundo hermano no recibió un método, sino al Señor mismo, y a la larga pudo mantenerse firme, mientras que el otro, con el tiempo, volvió a caer debido a que sólo había adquirido un método y, por eso, no obtuvo resultados.

Muchas veces estamos errados hasta en la forma en que escuchamos un mensaje. No le pedimos al Señor revelación, ni anhelamos verle. Lo que hacemos es utilizar nuestra mente para memorizar un método. De hecho, aunque sigamos el método al pie de la letra, no veremos resultados. Algunas veces quizá pensemos que no hemos visto gran cosa, tal vez no nos atrevamos a decir que vimos al Señor, pero en realidad sí le vimos. Esta visión produce un verdadero cambio en nosotros. Le damos gracias al Señor porque éste es el camino. No adquirimos un método, sino que conocemos al Señor. El nos muestra claramente que El es el método. Cada vez que oigamos un mensaje, debemos preguntarnos: "¿Me encuentro ante el Señor o estoy entendiendo un método?" La comprensión de un método no puede salvarnos; sólo conocer al Señor como nuestro método puede hacerlo. Un testimonio que otros den de la manera en que confían en el Señor no podrá salvarnos; sólo cuando ponemos nuestra confianza en el Señor podremos experimentar dicha salvación. Las palabras pueden ser las mismas en ambos casos, pero los hechos son diametralmente opuestos. El Señor es el Señor de la vida, y quienes le tocan, tocan la vida y llegan a vivir.

CRISTO ES LA VERDAD

El Señor dijo que El es el camino y también que El es la verdad. La verdad es sencillamente Cristo, no es la enseñanza acerca de El ni la doctrina de El; es El mismo. Por lo general, los creyentes piensan que las exposiciones y las explicaciones sobre Cristo constituyen la verdad. En realidad, la verdad no es la explicación de algo, sino que es Cristo mismo. El dijo: "Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres" (Jn. 8:32). Hermanos y hermanas, ¿cuántas verdades nos han hecho libres? La Palabra de Dios dice que la verdad nos hará libres. Pero en muchos casos, la verdad no pasa de ser una doctrina para nosotros, y no es Cristo. Nuestros ojos no han sido abiertos para verle a El. ¡Qué lástima que hemos predicado doctrinas por tantos años y todavía no hemos visto al Señor! Tal vez hemos oído doctrinas durante diez años sin haber visto nada. El hombre puede hablar de la doctrina de estar juntamente crucificado con Cristo, pero los demás no ven en él el poder de la crucifixión. Pueden hablar de la vida de resurrección, pero los demás no ven en ellos dicha vida. Si predicamos solamente doctrinas, comunicamos sólo elementos muertos y no la vida.

Una persona escribió una carta a un hermano diciendo: "Certo hermano me ofendió, y no sé si deba perdonarle; por eso le escribo para preguntarle a usted. En mi corazón no tengo preferencia alguna al respecto. Si usted me dice que debo perdonarle, lo haré, y si me dice que no, no le perdonaré". ¿Podría un creyente escribir esta carta? Supongamos que uno de mis seres queridos muere, y yo le escribo una carta a usted preguntándole: "Uno de mis seres queridos acaba de morir. Dígame si debo llorar. Si usted me dice que llore, lloraré, y si me dice que no, no lloraré". Esto sería absurdo. Si uno llora porque otros le dicen que debe hacerlo, ese llanto será fingido, y retener las lágrimas también será una actitud postiza. Ambas acciones serán obras muertas. En el caso de la persona a la que aludimos, ella tiene dos opciones, perdonar o no perdonar. Si dice: "Yo le perdono si sé que debo hacerlo, y si sé que no debo perdonarle, no lo haré", eso es una obra sin vida, basada en una enseñanza, y no es más que una acción artificial.

Si no tenemos al Señor en nosotros, y si El no es nuestra verdad, cualquier enseñanza que guíe nuestras acciones no es más que obras sin vida. ¿Pueden captar la diferencia? La diferencia es enorme. Para llevar a cabo acciones es necesario utilizar la memoria, pero la vida no precisa el uso de la memoria. Cuando decimos algo que procede de la vida, no lo hacemos por haber recordado algo, sino porque una fuerza interna nos motivó a hablar. Así que es el Señor quien nos controla, no una doctrina. Llegará el día cuando el Señor nos abrirá los ojos para que comprendamos que la realidad espiritual no está separada de Cristo. Nosotros no presentamos doctrinas, sino que conducimos las personas a Cristo mismo. No tenemos que recordar una doctrina para luego tratar de acatarla. Cristo vive en nosotros y llega a ser nuestra verdad.

En cierta ocasión un hermano ofendió a otro. Este no se pudo contener y reprendió severamente a aquél. Después de haber hecho esto su conciencia lo reprendió, y tuvo el sentir de que debía volver al hermano y ofrecerle disculpas, pero cuando recordó la ofensa, su enojo persistió. De todos modos, consciente de que debía pedirle perdón, empezó a escribirle una carta con estas palabras: "No estuvo bien de mi parte haberle reprendido", pero al instante recordó la ofensa y volvió a airarse. Más tarde trató nuevamente de escribir la carta, pero no pudo evitar sentir rencor. Después de escribir la carta y de haberla enviado, seguía airado contra el hermano. Exteriormente, parece que hubiera hecho una buena obra, pero sólo fue el resultado de una enseñanza, no de la vida, pues aunque había escrito la carta y había pedido perdón, todavía guardaba rencor en su corazón. La próxima vez que vea al hermano que lo ofendió, tal vez lo salude y le dé la mano, pero interiormente no le habrá perdonado y no podrá expresar ninguna naturalidad al hablar. ¿Pueden ver la diferencia? El Señor es la verdad. Si lo que hacemos procede de nuestro conocimiento doctrinal y no de El, es una obra muerta. Debemos tener presente que las cosas espirituales están vivas sólo cuando el Señor está presente. Cuando El resplandece de nuestro interior y actúa dentro de nosotros y lo vemos en lo más recóndito de nuestro ser, tenemos algo vivo.

CRISTO ES LA VIDA

El Señor dijo que El es el camino y la verdad, y añadió que El es la vida. Ya dijimos brevemente a qué se refieren los hechos de que Cristo sea el camino y la verdad. Hablemos ahora de Cristo como nuestra vida. Donde está la vida, espontáneamente surgen las obras, aunque éstas no reemplazan a aquélla. Debemos tener muy presente que las obras no son la vida, puesto que la vida es Cristo y, por ende, no requiere esfuerzo alguno de nuestra parte. Muchas personas se esfuerzan mucho y usan todas sus energías tratando de vivir como cristianos. Día tras día emplean todos sus esfuerzos procurando alcanzar esta meta y quedan exhaustos. Son bastante estrictos en las doctrinas: uno tiene que ser humilde y manso, y debe amar, perdonar y soportar a los demás. Puesto que es verdaderamente agotador tratar de cumplir dichas enseñanzas, piensan que es muy difícil ser un creyente. Esto se da con mayor frecuencia entre los creyentes más jóvenes, pues cuanto más se esfuerzan, más difícil les parece vivir como cristianos. Si Cristo no fuera vida, nosotros tendríamos que hacerlo todo, pero puesto que sí lo es, no nos toca hacer nada. Permítame repetir que Cristo mismo es la vida, y ésta no puede ser reemplazada por las obras.

Entre los hijos de Dios el error más común es pensar que el esfuerzo propio es la vida y que si uno no se esfuerza diligentemente, deja en evidencia que carece de vida. Debemos comprender que si la vida está presente, no hay labor alguna, pues los órganos llevan a cabo espontáneamente su función. Pensemos en la forma en que vemos u oímos: nuestros ojos ven y nuestros oídos oyen sin esfuerzo de nuestra parte. La vida es espontánea; por eso debemos recordar que donde hay vida, allí hay obras, pero éstas no pueden reemplazar a aquélla. Por otro lado, algunas obras demuestran la ausencia de la vida o indican que la vida es débil. Si la vida está presente, sin duda ella producirá un buen comportamiento, pero éste no toma el lugar de la vida. Supongamos que un hermano es muy amable y equilibrado. Algunos podrían pensar que ese hermano tiene una vida elevada. Pero eso no es cierto, ya que el Señor dijo que El es la vida. Aunque este hermano sea muy amable y gentil, ese comportamiento no es vida, a menos que venga de Cristo. Uno puede decir que ese hermano tiene un carácter agradable, que no pone problema, que es muy cortés, que no alega ni discute, pero no que tiene una vida elevada. Si esas son cualidades naturales de esa persona, no podemos decir que provienen de Cristo, y por consiguiente, no son Cristo.

Algunas personas tienen otra idea. Piensan que la vida está llena de poder y que el Señor, por ser su vida interior, les dará poder para ser rectos, portarse bien y ser buenos cristianos. Creen que la vida es una cosa. Pero Dios nos mostró que el poder no es una cosa. Nuestro poder es Cristo, es una persona; no es una fuerza que nos ayuda a realizar actividades. Nuestra vida no es un poder, sino una persona, la cual es Cristo manifestado en nosotros. No usamos a Cristo para expresar la bondad que deseamos tener. Estas son dos perspectivas completamente diferentes, y debemos distinguirlas claramente.

Un hermano iba a cierta ciudad a reunirse, y un hermano ya de edad le preguntó por qué iba a ese lugar a reunirse. "Porque allí hay vida", contestó el primero. El anciano añadió: "¿No es nuestra reunión tan estrepitosa como la de esa ciudad?"

El hermano replicó: "No, allí no se hace nada de ruido". El anciano le preguntó: "¿Cómo puede ser? Si no hay ruido, ¿cómo puede haber vida?" El hermano le contestó: "La reunión no tiene mucho estrépito, pero sí tiene vida. La vida no es entusiasmo, ni un estímulo emotivo; tampoco es una atmósfera cálida ni un gran alboroto". El anciano le dijo: "Tal vez a los jóvenes les guste mucho la algarabía, pero yo prefiero oír un mensaje profundo, pues así puedo tocar la vida". El hermano joven respondió: "Yo también he oído sermones bien elaborados y coherentes como los que usted describe, pero en ellos no toqué la vida". Esta conversación muestra que la vida no es un estímulo emocional, ni ideas lógicas y bien elaboradas, ni palabras sabias ni intelectualmente convincentes. Estas cosas no son necesariamente la vida.

Algunos podrían argüir diciendo: "¡Qué extraño! Si la vida no es una emoción ni un mensaje bien elaborado, ¿entonces, qué es? ¿Qué es la vida para ustedes?" Reconocemos que no tenemos mejores palabras para explicar lo que es la vida. Lo único que podemos decir es que la vida es mas profunda que los sentimientos y los pensamientos. Cuando entramos en contacto con ella, algo nos vivifica; ese algo es la vida. Puesto que la vida es más profunda que los pensamientos y que los sentimientos, no podemos compararla con el intelecto ni con las emociones. Tanto éstas como aquéllos son superficiales. Entonces, ¿qué es la vida? El Señor dijo: "Yo soy la vida". Uno no toca necesariamente la vida cuando entra en un lugar donde reina una atmósfera cálida o donde hay mucha espiritualidad. Nos debemos preguntar qué produce esa atmósfera. Por experiencia sabemos que muchas personas que pueden producir gran alboroto y hacer ruido saben poco acerca del Señor. Muchas personas entusiastas saben poco acerca del Señor. Solamente Cristo es vida, y nada más lo es.

Debemos aprender a reconocer la vida, pues ésta no es ni un gran entusiasmo ni una exposición intelectual notable. La vida es la expresión del Señor mismo. Por eso necesitamos conocerle a El; nada se puede comparar con conocerlo a El. Cuando le conocemos a El, tenemos contacto con la vida. Aquellos que se emocionan fácilmente o que son muy intelectuales no son necesariamente los que conocen al Señor, pero cuando varias personas llegan a conocer al Señor de una forma personal y saben quién es El, este conocimiento y discernimiento espiritual de lo que es el Señor les dirá que Cristo es vida. Si tenemos tal discernimiento y tal conocimiento, cambiaremos. Si comprendemos que el Señor es vida, estaremos conscientes de que en la esfera espiritual la energía humana es inútil. Si conocemos al Señor como vida, acudiremos sólo a El. Cuando recién fuimos salvos, no sabíamos lo que era acudir a El, pero después de aprender algunas lecciones, empezamos a acudir más a El, pues descubrimos que todo depende de Cristo y no de nosotros. Cuando recibimos al Señor, buscábamos virtudes aisladas, y no dependíamos de El, pero después de aprender algunas lecciones, empezamos a comprender que debemos confiar en que el Señor puede hacer lo que nosotros no podemos. Pensábamos que teníamos que hacer algo y que si no lo hacíamos, todo se derrumbaría. Tratábamos de hacer muchas cosas por nuestra cuenta, pero más tarde descubrimos que todo depende de Cristo y no de nuestras obras. Entonces aprendimos a descansar y a acudir solamente a El.

Debemos tener presente que Dios no nos da virtudes aisladas ni separadamente. El nos dio a Su Hijo; por eso siempre debemos levantar la cabeza y decir: "Señor, Tú eres mi camino, mi verdad y mi vida. Sólo tengo que acudir a Ti y sólo a Ti, no a cosas que se relacionan contigo". Que el Señor nos conceda Su gracia y nos muestre que los asuntos espirituales no son otra cosa que El mismo. Cada día debemos recordar que es un error tener un camino o una verdad o una vida que esté separada de Cristo. Aún así, es extremadamente fácil seguir un camino, tomar una verdad o recibir una vida que no sean Cristo. En muchas ocasiones llamamos vida a un ambiente acogedor, a un argumento lógico, a unas emociones placenteras, o a un buen comportamiento. De hecho, nada de eso es la vida. Necesitamos comprender que el Señor es vida. Cristo es nuestra vida. La vida es el Señor expresado en nosotros. Que el Señor nos libre de tantos fragmentos aislados y nos permita conocerle a El. Que le veamos a El en todo; que veamos que nuestro camino, nuestra verdad y nuestra vida consisten en conocerle a El. Que El abra nuestros ojos, y que muchos puedan ser librados de tantas virtudes externas para que vean al Hijo de Dios. Nuestro anhelo es que vivamos en El y que El viva en nosotros. Amén.

CAPITULO DOS

CRISTO ES LA RESURRECCION Y LA VIDA

Lectura bíblica: Jn. 11:25

LO QUE CRISTO ES EN CONTRASTE CON LO QUE HACE

El capítulo 11 del evangelio de Juan nos muestra que el Señor Jesús dio vida a una persona muerta y la resucitó. Aunque el Señor puede resucitar al hombre, no dijo: "Yo resucitaré a los muertos", sino que dijo: "Yo soy la resurrección", e inmediatamente resucitó a un hombre. Tanto Marta como María estaban allí presentes. Ellas habrían entendido más fácilmente si el Señor les hubiera dicho: "No importa que vuestro hermano esté muerto; Yo puedo resucitarlo". Nosotros preferimos oír estas palabras, pues nuestro deseo y nuestra esperanza es que Dios haga algo para nosotros. Con mucha frecuencia, oramos y esperamos que Dios nos responda diciéndonos que va a hacer algo en nuestro beneficio, pero el Señor no desea mostrarnos lo que va a hacer, sino lo que El es, pues en esto se basa lo que hace. Marta creía en el poder del Señor, pues le dijo: "Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto" (v. 21), pero no entendía que El es la resurrección y la vida. Nosotros debemos comprender que todo lo que Dios hace está incluido en lo que El es. Si una persona no tiene el poder de Dios, se debe a que no sabe lo que Dios es. "Es necesario que el que se acerca a Dios crea que existe, y que es galardonador de los que con diligencia le buscan" (He. 11:6). Todo el poder que Dios tiene se basa en lo que El es.

En Juan 11:25 el Señor Jesús no dijo que podía preservar la vida de un hombre, sino que El mismo es la vida. Tampoco dijo que tenía el poder de resucitar a los hombres, sino que aseveró que El mismo es la resurrección. Que Dios abra nuestros ojos para que veamos quién es el Señor. Debemos ver que a los ojos de Dios, Cristo lo es todo. Si tenemos este entendimiento, podemos tener un verdadero crecimiento espiritual. Es menester que comprendamos que a los ojos de Dios no hay ningún otro objeto fuera de Cristo. Nuestro crecimiento espiritual depende de si tocamos la realidad espiritual; es decir, ¿conocemos las cosas espirituales que Dios ha realizado o le conocemos a El?

En Juan 11 no se nos da a entender que el Señor Jesús resucitó a Lázaro, sino que El fue la resurrección para Lázaro. Hay una gran diferencia entre estos dos conceptos. El Señor fue la resurrección para Lázaro, y éste volvió a la vida. El Señor Jesús no le dio la resurrección como algo aislado, sino que El mismo vino a ser resurrección para Lázaro. Así que lo que el Señor hace es sencillamente la manifestación de lo que El es, lo cual constituye la realidad. No negamos que el Señor haya resucitado a Lázaro, pero sí afirmamos que éste resucitó debido a que el Señor fue la resurrección para El.

Recordemos que todo lo que Dios hace en Cristo, lo lleva a cabo basándose en este principio. Cuando el Señor es algo para mí, ese algo llega a existir. Primero El "es", y luego El "tiene". Muchos creyentes separan a Aquel que les da gracia de la gracia que reciben. Un día descubriremos que el Dador de la gracia es el don mismo que recibimos. El no tiene un cúmulo de regalos; El sólo nos da al Señor Jesús. Todo lo espiritual y todas las dádivas de Dios no son más que el propio Cristo. Dios no nos da nada en cuotas. Un día Dios abrirá nuestros ojos para que veamos que todo está en Cristo. ¡Cuán maravilloso será ver esto!

El Señor, al declarar quién es El, dijo: "Yo soy la resurrección y la vida". El es la resurrección, y por eso Su tardanza no fue inconveniente para resucitar a Lázaro, pues al hacerlo guiaba a los hombres a conocerlo a El. Lo más notable no fue la resurrección de aquel hombre, sino que conocieran al Señor como resurrección. Muchas personas creen que el Señor Jesús es el Dador de la vida, pero es completamente diferente creer que el Señor mismo es la vida. El no sólo da vida, sino que El mismo es la vida; la vida que da es El mismo. El no sólo tiene el poder de resucitar al hombre, sino que El mismo es la resurrección. Si uno comprende esto, descubrirá que todo lo que se relaciona con Cristo está lleno de vida. Dios simplemente nos dio a Cristo. Esperamos que por lo menos algo de luz nos ilumine y nos haga comprender que el Señor lo es todo y nos lo muestre como tal. El es el Dador de la gracia, pero también es la gracia que otorga. Nuestro Señor dijo: "Yo soy la resurrección y la vida". Estas dos cosas abarcan toda la Biblia. Es maravilloso conocer la resurrección y la vida. Examinemos lo que es la vida.

CRISTO ES LA VIDA

Dios puso al hombre recién creado en el huerto de Edén y le dio dos alternativas. Una era recibir la vida, y la otra le traería la muerte. Si el hombre comía el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, moriría, pero si comía del árbol de la vida, recibiría vida. Pese a que el hombre era bueno, quedaba un problema por resolver, el de la vida y la muerte. En el Edén el hombre podía pensar y actuar, pero no había recibido vida. No digo que no estuviera vivo, pues en lo que respecta a su vida natural, sí lo estaba. En Génesis 2:7 dice que el hombre llegó a ser alma viviente. No obstante, en lo que a la vida representada por el árbol de la vida se refiere, el hombre carecía de vida, aunque tenía emociones y pensamientos sanos (que son los elementos más importantes del alma humana). Por consiguiente, podemos ver que la vida es más profunda que las emociones y los pensamientos.

Entre el pueblo cristiano hay imitaciones de cualquier cosa, como por ejemplo del arrepentimiento, la confesión, la salvación, el celo, el amor, las obras espirituales y los dones. Hasta la vida misma se puede imitar. Muchos creyentes piensan que tener buenos sentimientos equivale a tener vida, o que una reunión donde haya mucho entusiasmo y mucha actividad tiene vida. Si se les pregunta qué es la vida, les cuesta mucho desvincularla de las emociones y no se percatan de que la vida es más profunda. Para otros, la vida equivale a actividad intelectual, lo cual significa que si hay suficientes ideas nuevas en un mensaje, suficientes

pensamientos que estimulen su interés, y suficientes doctrinas que despierten su admiración, creen que aquello es vida. Pero quienes tienen más experiencia y han aprendido lecciones espirituales nos dicen que la vida es más profunda que las emociones y el ejercicio de la mente, y que va más allá de cualquier actividad. Aunque sabemos que la vida se expresa en actividades intelectuales, en emociones y en acciones, no podemos decir que una persona, por el simple hecho de ser vivaz, dinámica y activa, tenga vida, pues eso puede no ser más que actividades humanas. Las palabras que salen de una persona pueden ser vida, mientras que las de otra tal vez sólo sean ideas bonitas. Uno puede tocar la vida en una persona, y en otra sólo entusiasmo. Muchos hermanos piensan que cuando se sienten de cierto modo tienen vida, pero uno que tenga experiencia les dirá que aquello no es vida. Dos hermanos pueden entender y explicar pasajes bíblicos de la misma manera; sin embargo, un creyente experimentado notará la diferencia: uno tiene tanto vida como ideas coherentes, mientras que el otro sólo tiene pensamientos lógicos. Es cierto que se puede tocar la vida y los pensamientos intelectuales al mismo tiempo, pero no se debe suponer que tocar el intelecto equivale a tocar la vida, pues éstos son muy diferentes. Algunos creen que porque dos personas hablan de lo mismo, están al mismo nivel, lo cual no es necesariamente cierto. Es posible que una persona se valga solamente de su intelecto, mientras que la otra se vale de la vida. Esta es mucho más profunda que la actividad intelectual y que las buenas ideas. El Señor dijo: "Yo soy la vida"; por lo tanto, la vida es el propio Señor; es Cristo. Si fuese una cosa, sería un objeto inerte. Para muchos creyentes la vida existe fuera de ellos y es algo que pueden producir, pero el Señor nos dijo que El mismo es la vida.

Necesitamos que el Señor nos conceda Su misericordia para que podamos ver este asunto. Podemos identificar algo como una actividad mental o como una expresión de las emociones o como simples actividades, pero no se puede identificar la vida, ya que no existen palabras que la puedan describir satisfactoriamente. Lo único que podemos hacer es pedirle al Señor que nos muestre lo que es la vida. Cuando el Señor abra nuestros ojos, lo sabremos, y espontáneamente le tocaremos a El.

CRISTO ES LA RESURRECCION

Examinemos de nuevo lo que es la resurrección. Todo aquello que se encuentra con la muerte y sigue viviendo es resurrección, pues ésta resiste la muerte. Después de que el hombre comió el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, la muerte entró en él y, por ende, murió. Nadie que vaya a la tumba vuelve a salir de allí, pues de allí no se regresa. En todo el universo, una sola persona ha regresado de entre los muertos. Esta persona es nuestro Señor, quien afirmó explícitamente: "Yo soy ... el Viviente; estuve muerto, mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos" (Ap. 1:17-18). El es el Señor resucitado. La resurrección pasa por la muerte, pero ésta no la puede retener. En la Biblia, el dominio de la muerte es descrito como una especie de cárcel. Encarcelar a alguien es encerrarlo y no dejarlo salir. Cuando un hombre entra en la muerte, ya no puede volver a salir de ahí. La muerte deja preso a todo el que recibe, pero no pudo retener al Señor

Jesús. Esto es lo que significan la vida y la resurrección. La resurrección es la vida que pasa por la muerte y la vence. Nuestro Señor es la vida; El pasó por la muerte y fue al Hades, a lo más profundo de la muerte, pero ésta no lo pudo retener, y ¡El salió de la muerte! Cuando la vida pasa por la muerte sin ser retenida, entonces es resurrección.

La resurrección indica que la vida lleva la marca de la muerte, pero sigue viviendo; está viva pero tiene la huella de haber pasado por la muerte. Esto es lo que define la resurrección.

Muchos se preguntan por qué después de que el Señor resucitó, en Juan 20, conservaba las huellas de la muerte: la herida de los clavos en Sus manos y de la lanza que le traspasó el costado, las cuales Tomás pudo tocar (v. 27). Debemos comprender que ése es el verdadero significado de la resurrección. El Señor Jesús no se le presentó a Tomás como una persona ilesa que no hubiese muerto, porque quería que viera que El sí había sido herido y que ahora estaba vivo. El Señor lleva las señales de la muerte en Su cuerpo, y sin embargo, vive. Esto es la resurrección.

Podemos aplicarnos este principio a nosotros. Hay muchas cosas en nosotros que no llevan la marca de la muerte y, por ende, no pueden considerarse resurrección. La resurrección tiene que llevar las marcas de la muerte y aún así, vivir. No piense que tener elocuencia, perspicacia y talento es suficiente, pues se pueden tener todas esas cosas sin tener las cicatrices de la muerte. Sólo si hemos experimentado la resurrección, se podrán ver las marcas de la muerte en nosotros. Es posible que un hermano sea muy competente, esté muy capacitado y dé la impresión de estar lleno de vida, pero puede tener mucha confianza en sí mismo y sentirse seguro de sí mismo. El piensa que todo lo que se le encargue, será bien administrado. Una persona así no tiene marcas de haber pasado por la muerte, pues su competencia no tiene ninguna cicatriz. Pese a que está muy seguro de sí mismo y a que obra con mucho dinamismo, no se le ven las huellas que deja el paso de la muerte. No quiero decir con esto que una persona que haya experimentado la resurrección deba ser totalmente incompetente, sino que dicha persona lleva sobre sí la señal dejada por la muerte, y aunque puede llevar a cabo muchas actividades, no se atreve a confiar en sí misma, pues perdió toda su autosuficiencia. Su propia energía ha sido debilitada como resultado de la resurrección.

Pablo, dirigiéndose a la iglesia de Corinto, dijo: "Estuve entre vosotros con debilidad, y temor y mucho temblor" (1 Co. 2:3). Esto lo dijo un hombre que conocía a Dios. ¡Qué lastima que entre los creyentes haya tantas personas fuertes que confían en sí mismas! Pero aquí vemos a un hombre que afirma que estaba "con debilidad, y temor y mucho temblor", pues en su cuerpo llevaba las marcas y el sello de la muerte.

Por lo tanto, la resurrección no puede separarse de la cruz, la cual elimina todo lo que procede de nosotros. Muchas cosas que se originan en el yo no saldrán al

otro lado cuando pasen por la cruz, pues se pierden en la muerte. Todo lo que permanezca después de haber pasado por la muerte y todo lo que lleve el estigma de la muerte y siga viviendo, es resurrección. La resurrección la constituye lo que ha pasado por la muerte, lo cual, a su vez debe haber experimentado privaciones y pérdida. Si uno comprende en verdad lo que es la resurrección, sabrá lo que es la cruz y conocerá el poder que ésta tiene para despojarnos de todo. Si uno llega a saber lo que es la resurrección, será una persona diferente, y será librado de muchas cosas. Sólo quienes tienen vida serán resucitados. Sin la vida es imposible que exista la resurrección. Supongamos que cortamos un pedazo de madera en muchos fragmentos y los sepultamos en la tierra. Con el paso del tiempo se pudrirán; pero si cortamos una rama y la plantamos, al tiempo retoñará. En un caso, los pedazos de madera se reducen a nada, y en el otro, la rama germina. Por consiguiente, todo lo que está muerto, se pudrirá, y todo lo que tenga vida, resucitará después de pasar por la muerte. Así que, la resurrección del Señor se basa en Su vida, y puesto que Su vida es incorruptible, la muerte no lo puede retener. Hay algo en El que no muere, y por eso pudo sacudirse la muerte, incluso al pasar por ella. Cuando nosotros experimentamos la cruz, muchas cosas se quedan allí. Solamente lo que es de Dios resucita. Cuando tocamos la cruz, somos eliminados; por eso podemos decir que la cruz es un enorme signo de resta, pues nos subtrae muchas cosas.

Muchos creyentes se preguntan: "¿Como sé si estoy muerto o no? ¿Cómo puedo determinar si el Señor ha hecho algo en mí mediante la cruz?" La respuesta a estas preguntas es sencilla. Si el Señor ha hecho algo en uno, uno seguramente habrá perdido muchas cosas; pero si uno ha sido el mismo desde que recibió la salvación y sigue lleno de sí mismo como antes, entonces la cruz no le ha hecho nada. Si ella en verdad ha obrado interiormente, uno se encontrará con una obra de eliminación y verá que el Señor ha purgado muchas cosas, lo cual dará por resultado que uno no pueda hacer lo que solía y que pierda la confianza en sí mismo. En las cosas en las que uno era osado, ahora es temeroso. Esto es evidencia de que el Señor hizo algo en el interior de uno. Si la resurrección está en uno, muchas cosas habrán quedado en la tumba, ya que no pasaron la prueba de la muerte. Nada de lo que pertenece a Adán puede sobrevivir cuando pasa por la muerte, pero todo lo que pertenece a la vida del Señor sobrevive a la muerte, pues Su vida pasó por la muerte y salió victoriosa. Algunas cosas se pierden al pasar por la muerte, pero el Señor nos las devuelve. Es como el caso en el que le cortamos una rama a un árbol, la cual aparentemente está muerta, pero después de plantarse, vuelve a crecer. A eso llamamos resurrección. Cuando hablamos de llevar las marcas de la muerte en nuestro cuerpo, no nos referimos a que no podemos volver a predicar ni a realizar ningún tipo de actividad. Nos referimos a que cuando hablamos o hacemos algo, no lo haremos llenos de confianza en nosotros mismos como antes. Un hombre a quien el Señor ha quebrantado, será débil y temeroso, y no se atreverá a decir: "Haré esto", ni "Yo puedo lograr aquello", ni "Yo voy a tener éxito en esto otro". Después de que el Señor lo toque, seguirá laborando, pero lo hará con temor de Dios; seguirá conduciéndose rectamente, pero lo hará según Dios, como lo hizo Abraham, a quien Dios guiaba a cada paso. En un hombre así se ven las marcas de la cruz, pues Dios lo ha

quebrantado y traspasado, y ya no está intacto como al principio. Las marcas de la muerte en su cuerpo son evidencia de la resurrección.

Ahora Dios se comunica con el hombre en resurrección, la cual incluye la cruz. Por consiguiente, nada de lo que tenemos se puede acercar a Dios sin pasar por la muerte. Todo lo que se halla en la esfera natural tiene que pasar por la muerte, ya que si no estamos en resurrección, Dios no puede tener comunión con nosotros. Por lo tanto, tenemos que pasar por la muerte, a fin de entrar en la resurrección. La vida que recibimos es la vida de resurrección, y todo lo nuestro que tenga alguna relación con Dios tiene que estar en resurrección.

Con frecuencia, en el campo espiritual, nos encontramos con el problema de que el servicio que el hombre ofrece a Dios se basa en muchos casos en lo natural. Raras veces vemos que el servicio esté cimentado en la resurrección. Muchos son entusiastas, pero pocos tienen un entusiasmo que esté en resurrección, que haya pasado por la muerte y haya sobrevivido. Muchos hermanos son diligentes y muy competentes, pero su capacidad es natural, no ha pasado por la muerte, por lo cual no está en resurrección. Si nuestra conducta se basa en lo natural, no estamos en resurrección.

Algunos se preguntan qué es el Cuerpo de Cristo. El Cuerpo de Cristo no es otra cosa que el lugar donde se despliega la resurrección de Cristo. O sea, que nada que no esté en resurrección puede ser parte del Cuerpo de Cristo. La iglesia no es un sitio adonde uno trae algo y al cual aporta su ingenio, y otro trae otra cosa y contribuye con su perspicacia. No es un lugar al cual yo traigo mis cosas naturales y usted las suyas. La iglesia rechaza todo lo natural y acepta sólo lo que pertenece a la resurrección. Cuando algo natural penetra, ella deja de ser la iglesia. En la iglesia no podemos tener nada que esté fuera de la resurrección. Muchos hermanos se preguntan cómo puede la iglesia llegar a la perfecta unidad. Debemos estar conscientes de que la unidad no puede producirse por medios humanos, ya que sólo se logra cuando los hijos de Dios conocen la cruz y ponen fin a la carne y a lo natural. Si un hombre no conoce la cruz, todo lo que intente será inútil. Si la iglesia recurre a medios naturales y a métodos humanos, no logrará absolutamente nada. Ella no puede dar lugar a la carne ni a lo natural, pues ello hará que pierda su carácter de iglesia. Es cierto que la iglesia necesita que las personas se consagren y sean útiles, pero en todo caso, las marcas de la muerte deben acompañar a dichas personas. Cuando somos útiles y cuando llevamos las señales de la muerte, tenemos la resurrección. Debemos comprender que el Señor no sólo tiene resurrección, sino que también desea que la iglesia esté en resurrección.

Para poder experimentar esto, debemos acudir a Dios y dejar que actúe en nosotros. Tal vez conozcamos muchas doctrinas, pero si el Señor no nos causa una herida profunda, permaneceremos intactos. Algunas veces caemos y padecemos, aunque este dolor sólo dura un par de días o algunos meses; pero si Dios nos quebranta profundamente o si sufrimos un golpe suficientemente profundo, no padeceremos sólo algunos días, sino que tendremos cicatrices el

resto de nuestra vida, seremos debilitados y las huellas de la cruz nos acompañarán para siempre. Pablo recibió esta visión, y muchos años después seguía dando testimonio: "No fui desobediente a la visión celestial" (Hch. 26:19). Si algún día el Señor tiene misericordia de nosotros y nos causa una herida profunda, nos quedará una cicatriz imborrable, y nuestro yo jamás se volverá a levantar. En el Señor resucitado todavía se pueden tocar las cicatrices de los clavos en las manos y en Su costado traspasado. Hoy se pueden encontrar las cicatrices en aquellos que conocen al Señor y que le han experimentado como su resurrección personal. Esas huellas nunca se borran y les impiden jactarse, pues ellos no se atreven a confiar en sí mismos ni son autosuficientes ni se ufanan de su fortaleza. Cuando el Señor derriba a una persona, ésta no se vuelve a levantar. Esperamos que las marcas de la cruz sean más obvias en nosotros cada día. Esto no es algo que puede imitarse ni fabricarse, pues tal acción sería completamente inútil. Cualquier cosa que hagamos nosotros se perderá en el olvido en muy poco tiempo, pero cuando nos ponemos en el altar y somos inmolados, jamás volvemos a levantarnos; llegamos a nuestro fin. Si la señal de la muerte está sobre nosotros, dicha marca será la evidencia de que conocemos la resurrección. Aquellos que conocen la cruz, conocen también la resurrección, pues ésta tiene que pasar por aquélla. Muchas cosas no vuelven a aparecer después de pasar por la cruz, pues han sido eliminadas para siempre. Aquello que sale al otro lado después de pasar por la cruz es resurrección y, por consiguiente, tiene valor espiritual. Muchas cosas que van a la tumba se quedan allí; tales objetos son inertes. Pero otras cosas salen al otro lado; éstas llevan la marca de la cruz y pertenecen a la resurrección.

Que el Señor nos conceda el verdadero conocimiento de Cristo como nuestra resurrección; que no le conozcamos solamente como nuestra vida, sino también como nuestra resurrección. Que el Señor elimine de nosotros todo lo que nos pertenezca y lo que no deberíamos tener, y que nos dé más vida y más de El. En muchos casos, seguimos viviendo usando nuestra vida natural y sin ser quebrantados por Dios, sin saber lo que es la disciplina de Dios ni conocer la cruz. Que el Señor tenga misericordia de nosotros y nos libre de todo lo natural para que la resurrección se manifieste más. Que la vida y la resurrección sean un hecho y no un ideal para nosotros. Que cuando extendamos la mano para hacer algo, el Señor nos muestre que carecemos de resurrección y que sólo tenemos nuestro ser natural y nuestra carne. Que Dios nos muestre lo que es la carne por medio de la resurrección. Si no comprendemos esto, que el Señor tenga misericordia de nosotros y nos conceda Su gracia. Amén.

CAPITULO TRES

CRISTO ES EL PAN DE VIDA Y LA LUZ DE LA VIDA

Lectura bíblica: Jn. 6:35; 8:12

Ya mencionamos que Cristo es todos los asuntos y las cosas espirituales. Dios nos da a Cristo para que sea todas nuestras cosas y asuntos espirituales. Este es un aspecto crucial en nuestra vida espiritual. ¿Es nuestra experiencia sólo una experiencia o es Cristo? ¿Son nuestra justicia, nuestra santidad y nuestra redención simplemente justicia, santidad y redención o son Cristo? Con frecuencia hablamos del camino, pero es posible que el camino al cual nos referimos no sea Cristo; o hablamos de la verdad, pero no tenemos en cuenta que Cristo mismo es la verdad; inclusive, podemos referirnos a la vida, sin aludir a Cristo. Tenemos muchas cosas que no son Cristo. Este es el mayor problema espiritual entre los hijos de Dios. Decimos con nuestra boca que Cristo es el centro de todas las cosas, pero en la práctica conservamos muchas cosas que no son El como si ellas pudiesen ayudarnos en la vida cristiana. Debemos dejar a un lado este concepto erróneo, y estar conscientes de que Dios no desea que nos aferremos a muchas cosas presuntamente espirituales, que no son Cristo. En lo que Dios nos da en Su providencia hay cosas y asuntos, pero éstos son sencillamente Cristo. El es todas las cosas espirituales. El es nuestra justicia, nuestra santidad y nuestra redención; por eso Dios no nos da justicia ni poder para ser santos, ni nos concede una redención que sea sólo una cosa. Cristo es el camino, la verdad y la vida; así que Dios no nos da un camino aparte de Cristo que nosotros debamos seguir, ni una verdad que tengamos que comprender, y tampoco nos da una vida aislada, pues Cristo mismo es el camino, la verdad y la vida. Hermanos y hermanas, cuanto más avanzamos en el camino de Dios, más descubriremos que sólo hay una gracia entre las gracias de Dios. Hay un sólo don entre los dones de Dios. La gracia es Cristo, y el don es Cristo. Damos gracias a Dios por mostrarnos que Cristo lo tiene todo. Antes pensábamos que el Señor era solamente nuestro Salvador. Ahora podemos decir que El no sólo nos salvó, sino que también es la salvación. Esto es asombroso, pero es un hecho. Cuando fuimos salvos, creímos en el Señor Jesús como nuestro Salvador. Hoy podemos decir que el Señor Jesús también es nuestra redención y nuestra salvación. Y seguimos descubriendo que Cristo es todos los asuntos y las cosas espirituales.

Si pensamos que lo que el Señor Jesús nos da es diferente a El, y si pensamos que la gracia y el Dador son entidades separadas, estos dos errores nos causarán mucho perjuicio espiritual, pues nos apartarán de la fuente de la vida. Por consiguiente, necesitamos ver claramente que Cristo es todos los asuntos y cosas espirituales. En Juan 6:35 y en 8:12, el Señor afirma que El es el pan de vida y la luz de la vida. Examinemos en primer lugar en qué forma El es el pan de vida.

CRISTO ES EL PAN DE VIDA

El Señor Jesús, dirigiéndose a los que le buscaban en Capernaum para que El les diera comida, dijo: "Yo soy el pan de vida". Esto significa que El no sólo nos da el pan de vida, sino que El es el propio pan de vida. El Dador y el don son la misma cosa, no dos entidades separadas. Damos gracias a Dios porque Cristo no sólo es el Dador, sino también el don de Dios.

¿Qué significa el pan en la Biblia? En la Biblia el pan denota satisfacción. El hambre muestra la insatisfacción del ser humano. A fin de ser satisfecho, el hombre necesita el pan. La fortaleza de los hijos de Dios depende de su satisfacción interior. Si estamos satisfechos, tenemos fuerzas, pero si estamos vacíos como una llanta desinflada, nadie puede arrastrarnos a la fuerza. No podemos decir que no tengamos vida, pero sí que carecemos de energía. Por lo tanto, la satisfacción nos trae fuerzas y nos faculta para caminar. Esta satisfacción nos hace sentir bien, aunque no sepamos cómo.

Veamos qué es el pan de los hijos de Dios. El Señor Jesús dijo: "Yo soy el pan de vida". El nos da vida y además sustenta esa vida. Muchos creyentes piensan que su pan es una hora de oración o de lectura de la Biblia, y no saben que el pan es el propio Señor Jesús. No negamos que la oración y la lectura de la Biblia sean beneficiosas, pero debemos tener presente que el Señor Jesús dijo que El es el pan de vida. Esto significa que el pan de vida es El mismo. Muchas veces los hijos de Dios no hallan satisfacción debido a que ignoran este hecho. Con frecuencia encontramos gente hambrienta, personas que no hallan satisfacción en las cosas espirituales; ninguna de estas cosas les satisface, y constantemente están embargados por un sentimiento de insatisfacción. No instamos a las personas a que sean orgullosas ni se sientan satisfechas por ello, pues sabemos que el orgullo y la satisfacción propia son cosas muy distintas a comer y quedar satisfecho. Algunas personas han sido quebrantadas por Dios y viven en debilidad y temor delante de El. Ellas no son orgullosas, pero han tocado al Señor y están satisfechas. Hallaron una satisfacción ante Dios que viene a ser su poder.

¿Cómo podemos ser llenos y hallar satisfacción? Debemos comprender que la verdadera satisfacción procede de Cristo y se encuentra en la vida divina. Cristo es el pan de vida. Cuando tocamos la vida divina, inmediatamente sentimos satisfacción. Pero si ofendemos a la vida, desmayamos interiormente. Usemos ejemplos concretos para que veamos cómo puede ser satisfecho el hombre.

Algunos hermanos dicen: "He estado muy atareado en mi trabajo por más de un año, corriendo de acá para allá. He estado tan ocupado que todo mi ser está seco. Tengo hambre, y deseo ir a algún retiro espiritual". Pero según Juan 4, vemos que estas palabras expresan un concepto erróneo. El Señor Jesucristo estaba cansado en el camino y se sentó junto al pozo de Jacob. Los discípulos habían ido al pueblo a comprar comida, lo cual indica que el Señor tenía hambre. Junto al pozo se encontró con una mujer de Samaria. La voluntad de Dios era que el Señor hablara con ella y la salvara, y el Señor así lo hizo. Cuando los discípulos regresaron con los víveres que habían comprado, le ofrecieron de comer al Señor, pero El les dijo: "Yo tengo una comida que comer, que vosotros no sabéis" (v. 32).

Los discípulos pensaron que alguien le había traído alimentos. Así que el Señor les explicó: "Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe Su obra" (v. 34).

Vemos entonces que laborar para el Señor debe traernos satisfacción, no debe hacernos sentir hambrientos. La labor espiritual debería traernos satisfacción cada vez que nos embarcamos en ella. Si nos da hambre cuando laboramos, se debe a que algo está mal. Si nos sentimos débiles y vacíos después de haber laborado, o si nos sentimos a punto de desmayar, ello muestra que algo no está bien en nuestra obra. Si nuestro trabajo está dentro de la voluntad de Dios y si no buscamos nuestros propios intereses al laborar, no desmayaremos, sino que nuestra fuerza aumentará. Muchas veces no hay una preparación adecuada ante el Señor, y empezamos a laborar debido a que vemos que la necesidad es grande y a que otros nos instan a lanzarnos a la obra. Cuando laboramos bajo tales circunstancias, algo dentro de nosotros se agota, y quedamos exhaustos. Al finalizar aquello, no nos quedan fuerzas, porque algo no estuvo bien entre nosotros y el Señor. Cuanto más participamos en alguna labor que no esté en la voluntad de Dios, más hambre tendremos. Para estar satisfechos, tenemos que seguir la voluntad de Dios.

Debemos comprender que Cristo es nuestro pan; nuestro pan no consiste en retiros espirituales ni en doctrinas bíblicas. Nosotros no laboramos hasta quedar vacíos para luego buscar reposo; ni predicamos hasta que se nos acaban las enseñanzas, y luego buscamos temas nuevos de qué hablar; éste no es nuestro pan. Cristo es nuestro pan. Sea que estemos ocupados o no, si tenemos un mensaje y fortaleza interior, cada vez que nos pongamos de pie para proclamar a Cristo, no sólo serán satisfechos nuestros oyentes, sino también nosotros. Tal es el resultado de la obra del Señor en nosotros y en nuestra vida. Es por eso que tocamos al Señor. Después de que terminemos, nos sentiremos llenos, como si hubiésemos disfrutado una buena comida. Es un error pensar que la satisfacción es fruto de reposar, de oír mensajes o de ir a retiros espirituales. El alimento nos llega cuando permitimos que el Señor haga en nosotros lo que El desea. El está en nosotros. Toquemos Su vida, y quedaremos satisfechos.

En cuestiones espirituales, uno no es alimentado cuando está quieto, sino cuando está ocupado. Mientras laboramos somos sustentados. En lo espiritual, si andamos en la voluntad del Señor, cuanto más ocupados estemos, más comeremos. No desmayaremos por nuestro intenso horario, ni quedaremos vacíos por realizar tantas actividades. Creo que muchos hermanos y hermanas pueden dar testimonio de esto. Supongamos que usted habla con alguien, pero Dios no se ha movido en esa dirección, ni le ha dicho que haga tal cosa. Aunque usted habla con entusiasmo, a los cinco o diez minutos siente interiormente que algo no está bien. Puede tratar de cambiar la conversación porque se percata de que no puede seguir adelante. Después de terminar, se siente vacío. No hay nada mal en el mensaje que da, tiene la actitud correcta y hace lo posible por ayudar, pero lo extraño es que cuanto más habla, más vacío y exhausto se siente. Al sentarse siente como si hubiera cometido un gran pecado. En ocasiones se pueden ver

ciertos resultados y puede pensarse que se hizo una buena labor, pero cuando esos sentimientos pasan, uno se siente vacío y agotado por dentro. Cuando uno hace algo por su propia cuenta, no importa cuánto éxito tenga exteriormente, por dentro se siente vacío. Hermanos y hermanas, ¿han tenido ustedes este sentir de vacío? Si su labor no se hace delante del Señor, si usted se conduce valiéndose de su propia fuerza, y si no sigue con temor al Señor, aunque tenga las mejores intenciones, se sentirá vacío y carente de vigor espiritual. Sentirá que cuanto más labora, menos sentido tienen las cosas y más grande se hace el vacío. En tal caso, cuanto más hablan los demás de lo bien que usted predicó, peor se siente por dentro, y cuanto más lo alaban y le dicen cuánta ayuda recibieron con su mensaje, más se aborrece a sí mismo, y de todas maneras queda con hambre. Esto muestra que su obra no es ningún pan, puesto que no lo satisface. Aquellos que conocen el pan hallan satisfacción en el Señor. Sólo Cristo es el pan de vida, y sólo El puede satisfacerlo a uno. Uno siente hambre después de llevar a cabo cualquier actividad, si ésta no lo pone a uno en contacto con el Señor; pero si uno toca al Señor, si toca la vida, y si toca la realidad espiritual, podrá decir, por ocupado que esté: "Te doy gracias y te alabo Dios, porque tengo pan. El Señor es mi pan". ¿Ha visto usted esto? Esto no es nada exterior. Lo que cuenta no es lo que uno haga, adónde vaya, qué predique ni cuánto tiempo haya pasado en actividades devocionales; lo que importa es si tocó al Señor interiormente. Quienquiera que toque al Señor hallará satisfacción.

Algunos hermanos podrían decir: "¿Qué debo hacer? El Señor no me llamó a predicar en ningún lugar. Quienes dan mensajes y predicán tienen la oportunidad de ser saciados, pero yo no soy un predicador profesional, ¿he de pasar hambre entonces?" Tal vez estemos llevando a cabo una pequeña tarea; quizá sólo enunciemos diez o veinte oraciones al conversar con un inconverso, pero entre tanto que esto se haga según la operación que el Señor lleva a cabo en nosotros, nos sentiremos aliviados y satisfechos cuando lo hayamos hecho. El Señor nos da una comisión, y cuando nosotros la cumplimos, nos sentimos satisfechos y alimentados. Por consiguiente, los que laboran en la obra del Señor a tiempo completo no tienen el derecho exclusivo de ser alimentados; todos tenemos esa oportunidad. Diariamente tenemos la posibilidad de comer y de ser saciados, pues Cristo es nuestro pan, y cuando le tocamos, recibimos el pan.

Quisiera usar un ejemplo más profundo. Con frecuencia nos ocupamos de algo si es bueno o espiritual, pero no nos preguntamos si es la voluntad del Señor. Cuando lo efectuamos, nos sentimos vacíos. Sólo podemos ser satisfechos cuando seguimos al Señor. En cierta ocasión un hermano vio que otro hizo algo malo. Más de una vez sintió la urgencia de hablar con el hermano para esclarecerle el asunto y para que se diera cuenta de que su conducta no edificaba sino que traía corrupción. Sin embargo, en su deseo de tratar con suavidad al hermano, decidió sonreírle y hablarle con delicadeza para corregirlo. Pero al hablar en ese tono, se sintió como un vaso con un agujero por el que se escapaba todo el contenido. A los ojos del hombre, él obró admirablemente, pues fue gentil e hizo lo posible por no causar ningún daño. Parecía que había hecho una buena obra, mas él mismo se sintió vacío e insatisfecho. A los dos o tres meses, todavía

se sentía mal delante del Señor, y oró pidiendo luz. Le dijo al Señor que le mostrara en qué había errado y le dijo: "Señor, haré lo que Tú quieras". El Señor oyó su oración y le indicó lo que debía hacer. Más tarde, cuando aquel hermano vino a él, le reprendió con severidad. Este hermano, por su forma de ser, se sentía mal durante varios días, cuando hablaba ásperamente, pero lo extraño del caso fue que en esta ocasión, al dirigirse al otro hermano con rigidez, sintió la aprobación del Señor, y no tuvo que arrepentirse luego por haber tratado así al hermano, lo cual solía hacer en casos similares; por el contrario, alababa al Señor. Después de reprender al hermano, sintió como si hubiese ingerido una buena comida. Esto no significa que podemos reprender a los demás todo lo que nos plazca, pues no está bien reprender a nadie según nuestro parecer. Si obramos en conformidad con la voluntad del Señor, sentiremos satisfacción y seremos fortalecidos. Esto nos muestra el hecho de que el bien que podamos hacer por nuestra cuenta no es nuestro pan. Quizá pensemos que en tanto que seamos amables y tengamos tacto todo saldrá bien. Pero la experiencia nos dice que aunque actuemos delicadamente, aquello no deja de ser una acción de nuestro hombre exterior y, por ende, es sólo una imitación y no puede ser nuestro alimento. Solamente podemos ser alimentados cuando el Señor actúa en nuestro interior y nos induce a actuar según Su voluntad. Cuando tocamos la vida, recibimos el alimento, y cuando tocamos al Señor hallamos satisfacción.

CRISTO ES LA LUZ DE LA VIDA

El Señor no sólo dijo que El es pan de vida, sino que también dijo que El es la luz de la vida. El alimento produce satisfacción, mientras que la luz es indispensable para ver. Cuando uno está satisfecho, tiene fortaleza, y cuando uno ve, puede avanzar. Ya dijimos que Cristo es el pan de vida. Ahora examinemos el hecho de que El es la luz de la vida.

En primer lugar, debemos hacer notar que la luz de la vida no equivale al conocimiento bíblico. Sabemos que como creyentes debemos leer la Biblia como corresponde, pero si la leemos como un libro en el cual hallamos conocimiento o como un texto de teología, sólo obtendremos información. Si la leemos de ese modo tal vez descubramos doctrinas muy bíblicas, pero no pasarán de ser letra. Cuando el Señor nació en Belén, muchos sacerdotes y escribas podían recitar de memoria los libros de los profetas, pero no conocían a Cristo. En la actualidad, aunque tengamos el Nuevo Testamento, el cual ellos no tenían, podemos, de la misma manera, conocer sólo la letra sin conocer a Cristo. Esto no significa que no debamos leer la Biblia, sino que debemos comprender que al leerla, es posible extraer de ella simple conocimiento, en vez de conocer a Cristo. Muchos sacerdotes y escribas sólo tenían conocimiento muerto, y desconocían al Salvador vivo. Muchas personas piensan que la luz de la vida es otra expresión para referirse al conocimiento, a las doctrinas, a la teología o a los dogmas eclesiásticos. Algunos aseveran haber recibido luz, pero la luz a la que se refieren no es necesariamente la luz de la vida, sino una simple interpretación de algunos versículos o alguna enseñanza. En el mejor de los casos, sólo podrán comunicar algo más de conocimiento bíblico. La luz de la vida no es conocimiento ni nada

que esté fuera del Señor mismo. El Señor dijo que El es la luz de la vida; por consiguiente, dicha luz es el propio Señor.

Mucha gente puede decirnos que por experiencia lo que ven en la luz de la vida es difícil de enunciar. Es interesante que aquellos que ven la luz, la ven pero no hallan palabras para describir lo que vieron. En cierta ocasión alguien le dijo a una hermana que examinara si era salva y le hizo algunas preguntas, a lo cual ella respondió: "Cuando yo recibí al Señor, no sabía qué era aquello, pero estaba consciente de haber sido salva". Esta respuesta es válida. Ella había sido salva en verdad, pero no podía explicar cómo había sucedido aquello. Cuando la luz nos llega, es posible que no podamos comunicar a otros muchas doctrinas; tal vez pasen dos o tres años antes de que podamos explicar ciertas enseñanzas. Tal luz es el Señor mismo. Cuando vemos al Señor, vemos la luz.

¿Qué diferencia hay entre ver la luz y no verla? ¿Qué cambio habrá si vemos la luz? La diferencia es enorme. Si verdaderamente vemos la luz, caeremos por tierra. La luz no sólo nos ilumina sino que también nos mata. Antes de que Pablo recibiera aquel resplandor, no era fácil hacerlo postrar en tierra. Pero cuando lo rodeó ese resplandor, cayó en tierra. Algunas personas desean ser humildes, y procuran diligentemente ser humildes y tratan de hablar y de conducirse de ese modo. Tal humildad es bastante agotadora; inclusive agota a los demás. Es como el caso de un niño que toma en su mano un diccionario voluminoso, el cual tal vez no sea demasiado pesado, pero si le es agotador llevarlo de un sitio a otro. A un hombre orgulloso no les es fácil ser humilde, pero cuando la luz del Señor lo ilumina, cae inmediatamente a tierra y no puede describirla.

Las enseñanzas no pueden derribar a un hombre. Una persona puede oír ocho o diez enseñanzas y ser capaz de recitarlas con claridad y, aun así, seguir siendo la misma. Un mensaje que debería hacer aflorar las lágrimas de uno, sacar a la luz su vida carnal y hacer que se postre sobre sus rodillas en arrepentimiento, puede convertirse en un tema de estudio, y aún así, uno puede pensar que recibió algo espiritual. Cuando una doctrina o un mensaje es apenas una cosa, el resultado es muerte, y no es luz. Un hermano estaba tan contento después de oír un mensaje sobre Romanos 6 que pensó que había recibido la luz contenida allí, pero a los pocos días, tuvo una seria discusión con su esposa. El capítulo de Romanos que vio era una cosa; era letra y no luz. Si lo que vio hubiese sido luz, no habría vuelto a ser el mismo. Habría caído por tierra ante aquella luz, pues ésta traspasa y puede hacer lo que el hombre no puede. Una enseñanza jamás podría causar ese efecto, como tampoco pueden hacerlo los hermanos ni nuestro propio esfuerzo. Pero tan pronto como la luz resplandece, todo se soluciona. Podríamos decir que somos bastante obstinados, pero cuando nos ilumina la luz, cedemos. Cuando Juan vio la luz, quedó como muerto (Ap. 1:16-17). Cuando Daniel vio la luz, cayó postrado en tierra como muerto (Dn. 10:5-9). Nadie puede ver al Señor cara a cara sin caer postrado, y nadie puede ver al Señor sin quedar como muerto. Es difícil hacernos morir o humillarnos, pero cuando la luz viene, todo cobra sentido. La luz del Señor nos mata, y cuando uno la recibe, cae a tierra.

El Señor Jesús es la luz; por consiguiente, cuando un hombre conoce al Señor, llega a ver, y cuando se encuentra con El, cae en tierra y queda débil como si estuviera muerto. En muchos casos, la personalidad vieja y obstinada no ha sido quebrantada y es inútil tratar de ponerle fin a la personalidad por nuestra cuenta. Pero cuando la luz del Señor ilumina al hombre, éste recibe la vista, y la luz lo quebranta. Cuando uno ve al Señor, se debilita, es quebrantado y no sobrevive. Esta es la importancia de la luz. Jamás debemos sustituirla por ninguna otra cosa. Lo que normalmente llamamos luz no es necesariamente luz, sino que generalmente son doctrinas que llamamos verdades y que no tienen ningún valor espiritual para nosotros. Una vez un hermano que amaba mucho al Señor se encontró con un hombre que le dijo: "Estoy muy contento porque hoy comprendí la doctrina de lo que es el pecado según Romanos". El hermano respondió: "Amigo, ¿hallaste sólo la doctrina sobre el pecado en Romanos? Creo que hace mucho tiempo deberías haber descubierto en ti mismo la realidad de lo que es el pecado". Muchos buscan doctrinas, pero no han visto la realidad. Las doctrinas no son más que palabras y, por ende, son inertes; no son luz ni vida, ni son Cristo.

Cuando la luz llega, lo primero que hace es matar. No debemos pensar que la luz sólo nos da la vista, ya que cuando ella viene, lo primero que hace es quitarnos la vista. La luz sí nos hace ver, pero eso vendrá más adelante. Al principio nos deja ciegos y nos hace caer hacia atrás. Si no nos hace caer por tierra, ni nos humilla, no es luz. Pablo fue rodeado de una luz y cayó a tierra; sus ojos no pudieron ver nada por tres días (Hch. 9:8-9). Cuando recibimos la luz por primera vez, quedamos confusos, como cuando alguien sale de la oscuridad a una luz intensa y no puede distinguir nada; todo se le confunde. Aquellos que tienen confianza en sí mismos y son autosuficientes necesitan que Dios tenga misericordia de ellos, pues no han visto la luz. Lo único que conocen es doctrinas y teorías. Mas cuando vean la verdadera luz, dirán: "Señor, ¿qué sé yo? No sé nada". Cuanto mayor sea la revelación, más ciego queda uno y más severo es el golpe que recibe. La luz derriba a la persona y hace que sea humilde; sólo entonces recibe la vista. Si nunca hemos sufrido un golpe certero ni hemos sido humillados, y si no hemos estado confusos ni sentido que no sabemos nada, nunca nos hemos encontrado con la luz y todavía estamos en tinieblas. Que el Señor tenga misericordia de nosotros para que Su luz nos libre de la confianza que tenemos en nosotros mismos y nunca pensemos que nosotros tenemos la razón, que no nos equivocamos y que sabemos mucho. Que podamos decir: "Señor, Tú eres la luz. Ahora sé que lo único que había visto eran cosas y nada más".

La luz no es abstracta; al contrario, es muy concreta. El Señor Jesús es la luz. Cuando El estaba entre nosotros, era la luz entre nosotros; la luz misma andaba en medio nuestro. Es una lástima que muchos creyentes sólo tengan cosas abstractas, pues oyen doctrinas solamente. Debido a esto, no han recibido verdadera ayuda.

Un hermano estudiaba en una escuela provincial cuando era joven. Iba a la iglesia con cierta frecuencia y oía reiteradas veces la doctrina de la salvación. Aún así, no había conocido a nadie que fuese salvo, y él mismo tampoco lo era. Un día un

hermano le predicó el evangelio. Cuando lo oyó, fue salvo. No había sido salvo antes, porque sólo había escuchado doctrinas abstractas. Aquel día, conoció a alguien que había sido salvo verdaderamente; así que conoció algo concreto y fue salvo.

Cierto hermano relató lo que experimentó al estudiar la Biblia. Dijo lo siguiente: "Yo había oído a muchos hermanos hablar de la santificación, y también estudié el tema por mi cuenta. Encontré en el Nuevo Testamento más de doscientos versículos al respecto, los cuales organicé y memoricé sistemáticamente. Con todo y eso, no sabía lo que era la santificación; era una palabra sin sentido para mí. Mas un día conocí a una hermana de edad avanzada que había sido verdaderamente santificada. En esa ocasión, mis ojos fueron abiertos, y vi lo que es la santificación. Conocí a una persona que había experimentado la santificación. La luz fue tan brillante que dolía; cuando llegó a mí, no me pude escapar. La luz me mostró el significado de la santificación".

A partir de estas experiencias podemos inferir que la luz es concreta, viva y eficaz. Si uno sólo comunica doctrinas, los oyentes sólo recibirán teorías abstractas e inertes. Esto no transmite la luz de la vida. La luz de la vida brillará en las vidas de los creyentes y por medio de ellos. Tengamos presente que la luz es concreta en el Señor Jesús. Por lo tanto, en nosotros también debe ser concreta. Dicha luz es una persona viva. Cuando se nos presenta, también es algo vivo en nosotros.

Hermanos y hermanas, ¿por qué la Palabra de Dios parece haber perdido Su poder en la actualidad? ¿Por qué da la impresión de ser débil y abstracta? Esto se debe exclusivamente a que hay demasiadas doctrinas. Hay demasiadas "verdades" y demasiado conocimiento teológico. Debemos comprender que sólo el Señor vivo puede producir personas vivas. Que el Señor verdaderamente tenga misericordia de nosotros y nos muestre paulatinamente que las cosas carecen de vida, y que sólo el Señor está vivo. Entre el pueblo cristiano hasta las cosas más bonitas, las palabras más bellas y aquello que el hombre considera más espiritual carece de vida si está fuera de Cristo. El Señor mismo debe ser el todo para nosotros. El mismo lo es todo. Sólo El es el Viviente, y lo es en nosotros. Cuando lo comunicamos a los demás, también será viviente para ellos. Que el Señor nos conceda Su misericordia para que nos postremos delante de El. Entonces, le conoceremos de una manera diferente a como le conocíamos antes.

CAPITULO CUATRO

CRISTO ES TODOS LOS ASUNTOS DE DIOS

Lectura bíblica: Jn. 1:29; 6:35; 8:12, 24, 28; 11:25; 14:6; 1 Co. 1:30; Col. 3:4; 1 Ti. 1:1; Sal. 27:1

TANTO LA META DE DIOS COMO SU MEDIO PARA LOGRARLA SON CRISTO MISMO

La meta de Dios es Cristo, y Cristo también es el medio por el cual Dios obtiene esa meta. Dios utiliza a Cristo como el medio para alcanzar Su meta, la cual es El mismo. Puesto que en los libros de Efesios y Colosenses hallamos la meta de Dios, basaremos este mensaje en ellos. En cuanto a la meta de Dios existe una diferencia en cada uno de dichos libros: Efesios nos muestra que con respecto a la plenitud de los tiempos, Dios desea reunir todas las cosas en Cristo, tanto las de los cielos como las de la tierra (1:10); mientras que Colosenses nos muestra que Dios no sólo dispuso que Cristo sea Cabeza sobre todas las cosas, sino que además sea el todo en todo (1:18; 3:11b). Colosenses nos muestra que la meta de Dios es Cristo, y que el medio para alcanzarla también es Cristo. La meta de Dios es que Cristo sea la Cabeza sobre todas las cosas. Para lograr esto, primero debe lograr que Cristo sea el todo. El debe ser el todo y, a la vez, estar en todo; sólo entonces todas las cosas estarán espontáneamente sujetas a El.

Debemos recordar que para Dios no existen tantas cosas como para nosotros; para El sólo existe Cristo. Para Dios no existen ni cosas ni asuntos, sino únicamente Cristo. Para El no existe lo que nosotros definimos como asuntos o cosas. Podemos pensar que en este mundo existen muchos objetos y asuntos, pero a los ojos de Dios, Cristo lo es todo. Para El no hay ni asuntos ni cosas, ya que todas las cosas y todos los asuntos son Cristo. Cuando Cristo se encuentre en todas las cosas y en todos los asuntos, el propósito eterno de Dios se habrá cumplido.

Espero que comprendan que Cristo reunió todas las cosas en Sí mismo. Esto no comenzará en el futuro, cuando el propósito eterno de Dios se haya cumplido, sino que empieza hoy por medio de la iglesia.

En esta ocasión no profundizaré mucho en este tema; sólo lo mencionaré brevemente. Dios determinó que en el futuro, todos los elementos y asuntos espirituales estén sujetos a Cristo. ¿Cómo pueden ser reunidas todas las cosas bajo una cabeza? Dios dice que Cristo lo es todo. El lo es todo y, al mismo tiempo, está en todo. Cuando esto se cumple, sólo vemos a Cristo en el mundo; dejamos de ver asuntos y cosas, pues todo ello habrá terminado.

En la iglesia, Dios empezó a mostrarnos que Cristo es todos los asuntos y los elementos. Cuando la iglesia pueda ver esto, empezará a vivir en la esfera del espíritu. Si la iglesia sólo se ocupa de cosas y asuntos, aún no ha visto a Cristo.

Las cosas y los asuntos a los que me refiero no pertenecen a este mundo, sino que son elementos espirituales.

LA REVELACION DEL EVANGELIO DE JUAN

Todo lo relacionado con Dios es Cristo

Quisiera hacer énfasis en algo muy interesante. El evangelio de Juan, el más profundo de los cuatro, fue el último en escribirse. De hecho, fue el último libro que se escribió en el Nuevo Testamento. Muchas epístolas y libros se escribieron antes. Juan contiene muchos relatos que no se encuentran en los otros evangelios. Y al final de dicho evangelio se dice que nuestro entendimiento de Cristo debería corresponder al entendimiento que Dios tiene de El.

Lo que encontramos en el libro de Juan no es sólo que Dios necesita un cordero, ni que El nos da el pan de vida, ni que nos muestra el camino, la verdad y la vida. Dicho evangelio no se centra en que el Señor restaura la vida del hombre con Su poder, ni en la resurrección, ni en que el Señor puede darnos luz, devolver la vista y sacar de las tinieblas a los que le siguen. En todo el evangelio sólo encontramos un gran hecho: *Cristo lo es todo*. No dice que Cristo nos da la luz, sino que El es la luz del mundo. No afirma que El nos da el pan de vida, sino que El es el pan de vida. Tampoco declara que El nos puede mostrar el camino, sino que El es el camino. No nos dice que Cristo nos puede enseñar la verdad, sino que El es la verdad. No afirma que El nos puede dar vida, sino que El es la vida. Cuando Lázaro murió, el Señor no les dijo a Marta y a María que El tenía el poder para resucitar a su hermano; les dijo que El mismo era la resurrección.

Tengan presente que el pan de vida es sólo una cosa, así como lo son la luz, el camino, la verdad, la vida, la resurrección y el cordero. Todas son sólo "cosas". Cuando creemos en el Señor no encontramos cosas simplemente, sino a Cristo. Ser creyente se relaciona exclusivamente con Cristo.

Es menester que comprendamos que en nuestra experiencia no tenemos muchos asuntos ni cosas, sino únicamente Cristo. El no nos da la luz, ni nos guía por el camino, ni nos da vida, ni nos enseña la verdad, sino que El mismo es todas estas cosas. Hermanos, ¿pueden ver la diferencia? Lo único que Dios nos da es Cristo mismo.

En cierta ocasión, mientras hablaba de un hecho espiritual, muchos comenzaron a mirarme fijamente. Les dije: "Permítanme hablarles sobre un hecho crucial; el Cristo de Dios es exactamente lo mismo que los asuntos de Dios. ¡Dios no tiene asuntos; sólo tiene a Cristo! El no nos da luz ni alimento ni el camino ni la verdad

ni la vida, sino que nos da a Cristo. El Cristo de Dios lo es todo, y aparte de El, Dios no tiene nada”.

LO QUE PABLO LLEGO A CONOCER

Cristo es nuestra esperanza

Quisiera recalcar que las propias palabras del Señor Jesús no son las únicas que confirman esto, pues también Pablo habló de lo mismo. El conoció bien al Señor y nos mostró algo muy interesante cuando le dijo a Timoteo: "Cristo Jesús nuestra esperanza" (1 Ti. 1:1). Me gusta esta expresión. ¿Les gusta a ustedes? El no dijo que nuestra esperanza se encontraba en Cristo Jesús, sino que Cristo Jesús es nuestra esperanza. No tenemos que poner nuestra esperanza en El ni obtenerla, sino que El mismo es nuestra esperanza.

Cristo es nuestra vida

En otro pasaje de la Palabra de Dios, Pablo dice a los Colosenses: "Cuando Cristo, nuestra vida, se manifieste..." (Col. 3:4). El no dijo: "Cuando Cristo se manifieste", sino "cuando Cristo, nuestra vida, se manifieste". Declaró, entonces, que Cristo es nuestra vida. Un creyente no debe tener muchos asuntos; lo único que debe tener es a Cristo.

Cristo es nuestra sabiduría, justicia, santificación y redención

Lo mencionado anteriormente no lo abarca todo. En estos mensajes, el versículo que más recalcaremos es 1 Corintios 1:30, donde leemos: "Mas por El estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho de parte de Dios sabiduría: justicia y santificación y redención". Dios no nos dio justicia, ni santidad ni redención ni sabiduría, sino que nos dio a Cristo, quien es nuestra justicia, nuestra santificación, nuestra redención y nuestra sabiduría. Esta es la razón por la cual decimos que el Cristo de Dios equivale a todo lo que se relaciona con Dios. El Cristo de Dios es todos los asuntos y las cosas de Dios; y aparte de El, Dios no tiene nada más.

Cristo es nuestra justicia

Si Dios nos hubiera dicho: "Yo he hecho a Jesús el Señor de justicia, y El os justificará". ¿Qué responderíamos? Diríamos: "Sí, El nos justificó". Pero Dios no le pidió al Señor Jesús que fuera nuestro justificador, sino que sea nuestra justicia. ¿Es esto bueno? ¡Es excelente! El no es simplemente el que nos justifica, sino que es nuestra justicia. ¡Aleluya! Cristo es nuestra justicia.

Cristo es nuestra santificación

Pablo no dijo que el Señor Jesús fuera "el que santifica"; dijo que Cristo es la santificación. El Señor Jesús no nos santifica, sino que El mismo es nuestra santificación. Dios hizo que el Señor Jesús fuese nuestra santificación, la cual no es un proceso ni una acción ni un tipo de conducta, sino una persona; es Cristo.

Cristo es nuestra redención

Pablo tampoco dijo que el Señor es sólo nuestro Redentor; dijo que el Señor es nuestra redención. ¿No es esto extraño? En 1 Corintios 1:30 no dice que Dios haya designado al Señor Jesús como el Redentor, sino que el Señor Jesús es nuestra redención.

Damos gracias a Dios porque Cristo lo es todo; El es nuestro Redentor y también nuestra redención. Además, El nos santifica y también es nuestra santificación. El nos justifica, y a la vez es nuestra justicia. Y El nos da sabiduría, pero esa sabiduría también es El mismo.

LO QUE DAVID LLEGO A CONOCER

Cristo es nuestra salvación

Si les dijera: "El Señor Jesús es nuestro Salvador", ustedes responderían: "Es cierto; El es nuestro Salvador". Sin embargo, en Salmos 27:1 se nos dice que el Señor Jesús es nuestra salvación. En Salmos se nos muestra que el Señor es nuestra salvación y no sólo nuestro Salvador. El Señor sí es nuestro Salvador, pero aquí Dios le muestra a David que el Señor es nuestra salvación. El es ambas cosas. El Señor Jesús es todos los aspectos de Dios, así como también todos los asuntos de Dios. Esto significa que todo lo que Dios nos da es el Señor Jesús.

No quiero ahondar mucho en este tema; sólo quiero establecer un fundamento. Si escudriñan la Palabra de Dios, descubrirán que Cristo es todos los aspectos de Dios. Dios no sólo nos dio a Cristo para que fuera nuestro Salvador y Redentor, ni para que fuese el Señor de la santificación y la justicia, sino para que llegara a ser el todo para nosotros. La justicia, la santificación y la justificación son sólo cosas o asuntos; pero Cristo es la realidad de todas ellas.

EN LA VIDA CRISTIANA SOLO EXISTE UNA PERSONA

Tal vez ustedes me pregunten: "Hermano, ¿por qué tiene que hablar tanto de esto?" Porque debo aclarar y recalcar que esta diferencia determina si la vida cristiana se basa en la vida o en la conducta. Existe una enorme diferencia entre estos dos caminos. La distancia entre estos dos caminos es enorme. Uno es espiritual, y el otro no. Uno es de Dios, y el otro proviene de la mente del hombre. Estos dos caminos son diametralmente opuestos. Si estudian la Palabra de Dios, encontrarán que sólo existe una persona y no una cantidad de cosas. Sólo vemos

esta única persona, el Señor Jesús. Aparte de El, no encontrará ningún otro asunto ni ningún otro elemento.

El mayor problema de los hijos de Dios hoy es que su experiencia cristiana es incompleta. Una persona experimenta un poco de gracia, otra recibe un don y otra habla en lenguas, mientras que otra experimenta algunos cambios en su conducta. Algunos tienen amor, otros perseverancia y otros humildad. Tal vez piensen que eso es ser cristiano. En la actualidad se entiende que eso es la vida cristiana, pero en realidad ése no es el caso. La vida cristiana es sencillamente Cristo. No depende de un don ni de algo que Cristo nos otorgue, pues es Cristo mismo. ¿Pueden ver la diferencia entre estos dos caminos? Son completamente diferentes. Ser cristiano no radica en que Cristo nos dé algo, sino en que Cristo se imparta en uno. El problema es que en el cristianismo actual se piensa sólo en términos de lo que Cristo nos da. Por ejemplo, cuando éramos incrédulos, Cristo nos dio gracia y tuvo misericordia de nosotros; ahora que somos creyentes, nos da paciencia, humildad y mansedumbre. Da la impresión de que la función de Cristo se limita a conceder cosas.

EN LA VIDA CRISTIANA NO SE DEBEN BUSCAR COSAS INERTES

A los ojos de Dios no son importantes los dones que Cristo pueda otorgar, ya que El nos dio a Cristo mismo. Dios no nos dio humildad ni paciencia, sino que nos dio al Cristo completo. Cristo, el Señor viviente, llega a ser nuestra humildad, nuestra paciencia y nuestra mansedumbre. En esto consiste la vida cristiana.

Debemos tener presente que en la vida cristiana no debemos aspirar a obtener virtudes ni dones; nunca debemos procurar cosas, ya que en la vida cristiana todo se reduce a una persona, quien es Cristo mismo. En otras palabras, nuestra paciencia no es una virtud, sino una persona; nuestra santificación no es una acción, sino una persona; nuestra justicia no es una experiencia, sino una persona; nuestra redención y liberación no son algo que recibimos en cierta ocasión ni son simples cosas. Nuestra redención, liberación, paciencia, humildad, mansedumbre, amor, etc., son el Señor mismo. En esto consiste la vida cristiana. Cristo lo es todo para los santos hoy. No hay necesidad de esperar nada más.

Muchas personas preguntan por qué decimos que Cristo lo es todo. Si uno conoce la verdadera vida cristiana, reconocerá que El lo es todo. El no nos da todo, sino que El lo es todo. Estos son dos conceptos completamente diferentes.

¿Por qué sufren tanto los hijos de Dios? La razón es que sólo han recibido dádivas en lugar del Señor; no han recibido a la persona de Cristo. Han recibido virtudes, mas no al Señor mismo, al Cristo que Dios da. Han recibido sólo asuntos y cosas, y no a una persona. Yo no sé cuán claramente ustedes entiendan esto. Pero puedo decirles que cuando resolvemos este asunto, todo se resuelve.

Cuando fuimos salvos, muchos de nosotros escuchamos la Palabra de Dios que decía que El amó tanto al mundo, que dio a su Hijo unigénito para que no pereiéramos, sino que tuviéramos vida eterna. Cuando escuchamos esto, entendimos que necesitábamos ser salvos, y acudimos a Dios en oración diciendo: "Señor, Tú me amaste y te entregaste por mí. Tú has llegado a ser mi Salvador. Por favor, dame también la salvación". ¡Qué equivocados estábamos! Pensábamos que tener al Salvador no era suficiente, y que además necesitábamos la salvación. Muchos han hecho esto. ¿Entonces cuál es nuestro evangelio? Si decimos que Dios nos dio al Salvador, por qué al arrepentimos, decimos: "Dios, concédeme Tu salvación". Si al tener al Salvador tenemos la salvación ¿por qué pedirla? Sería insensato decirle a Dios: "Tú me diste al Salvador, ahora por favor dame la salvación".

"YO SOY..."

Ahora somos creyentes, somos salvos, y Dios nos dio a Cristo para que sea nuestra vida. Sin embargo, constantemente le estamos pidiendo cosas. No le pedimos una ni dos ni tres ni diez ni ciento, sino millares y millones de cosas. Pensamos que todas esas cosas son importantes. Pero Dios nos muestra que Cristo es y debe ser todo lo que necesitamos.

Por eso la Palabra de Dios declara que el nombre de Cristo es "Yo soy". No quiero hablar mucho de este asunto fuera del contexto bíblico; examinemos lo que la Biblia dice al respecto.

Verdadera comida

En el evangelio de Juan, el Señor declara que El es el pan de vida. Nosotros le pedimos frecuentemente a Dios que nos alimente, pensando que existe algo en la Palabra llamado "alimento". Como tenemos hambre, le decimos: "Por favor, danos comida". No obstante, resulta extraño que quienes piden comida, no la reciben. Los que piden y ruegan que se les dé alimento son los que más hambre pasan. Durante los años que tengo de servicio al Señor (aunque no han sido muchos), nunca he conocido una persona que le haya pedido comida a Dios, y que la haya recibido. Tal vez ustedes pregunten: "¿Significa eso que la Palabra de Dios está equivocada? ¿No es verdad que Lucas 1:53 afirma que Dios colmará de bienes a los hambrientos?" Es cierto que los hambrientos serán saciados de bienes. ¿Pero qué es lo que en realidad los sacia? Debemos tener presente que la comida no nos satisface, pero Cristo sí. Muchas veces sentimos hambre y estamos necesitados, y creemos que Dios tiene comida para nosotros; así que oramos y esperamos recibirla, aunque no sabemos cómo. Todo lo que sabemos es que debemos acudir al Señor, creer, recibir y disfrutar más. Pero lo asombroso es que cuando creemos, recibimos; y cuando buscamos más al Señor, aunque no recibimos el alimento que esperábamos, somos saciados. Al buscar al Señor, al hablar con El y recibirle, quedamos satisfechos. La comida de Dios es Cristo. Su comida no es comida física, pues Dios no tiene cosas para nosotros; el alimento que nos da es Cristo mismo. Los chinos tienen una expresión con la que califican

algo de redundante, la cual se traduciría "mil páginas del mismo tema". Tal vez no nos parezca bueno repetir, pero ante Dios, todas Sus cosas son "mil páginas del mismo tema". No importa qué busquemos en lugar del Señor, El siempre nos da lo mismo; nos da a Cristo, quien es "mil páginas del mismo tema". El satisface nuestras necesidades, ya que las cosas nunca podrán hacerlo.

Justicia y santificación

Muchas veces alabo al Señor y me regocijo porque mi justicia no es el fruto de mi comportamiento, sino la persona del Señor Jesús. Debido a que el Señor es mi justicia, cada vez que hago mención de ésta, no sólo puedo decir que tengo justicia o justificación, sino que puedo hablar con ella, alabarla y darle gloria. ¿No es esto maravilloso? Pueden preguntarse cómo es que alguien puede dar gloria a su justicia. Sí, con frecuencia le doy gloria a mi justicia, puesto que el Señor Jesús es mi justicia. Mi santificación no es obra mía. Cuando alabo a mi santificación, no estoy alabando mis obras; yo aborrezco mis propias obras, sin embargo, puedo decir que alabo mi santificación, pues mi Señor es mi santificación. ¿Se dan cuenta de que éstas son dos cosas completamente diferentes? No se trata de cosas, sino del Señor.

DIOS DERRIBA Y EDIFICA

Descubrimos un hecho en nuestra experiencia espiritual, con el cual se encuentran algunos que han sido creyentes durante uno, dos, tres, cinco o incluso veinte o treinta años. Es extraño que cuando fueron salvos, eran bastante pacientes, pero a medida que pasa el tiempo, se les dificulta controlar el mal genio o aún empeoran. Muchos me han dicho que al principio eran muy pacientes y podían perdonar, orar y soportar cualquier mal trato en el colegio, en la casa o en el trabajo. Pero que ahora no aguantan las mismas contrariedades. Antes podían soportar cualquier cosa, pero ahora no; y aunque algunas veces logran controlar su ira, algo dentro de ellos pide venganza. Hemos visto muchos ejemplos de esto, podría contarles millares de historias similares al respecto. Muchas personas pueden testificar que anteriormente eran humildes, pero ahora no lo son. Antes eran pacientes, amorosas y mansas, pero ya no lo son. Incluso si eran fervientes, ahora se han vuelto frías y no encuentran explicación para ello.

Hermanos, recordemos que Dios tiene que quitar de nosotros todo lo natural. Cuando creímos en el Señor, pensábamos que nos faltaba amor, así que le pedimos a Dios que nos lo diera. Para expresarlo de una forma sencilla, podemos decir que Dios nos dio una "dosis" o un "paquete" de amor para que pudiéramos amar. Eso fue sólo una virtud; posiblemente recibimos muchas de éstas; sin embargo, Dios no permite que ese amor perdure para siempre en nosotros tan sólo como una virtud, porque El quiere depositar a Cristo en nosotros. Por lo tanto, tiene que erradicar ese amor. Muchas personas eran irascibles antes de creer en el Señor; eran bastante explosivos. Pero después obtuvieron paciencia, y ésta llegó a ser para ellos una virtud, un regalo, una salvación o un simple sustituto. Mientras aquello les duró, todo marchaba bien. Durante el primer, segundo o

tercer año todo parecía ir bien. Sin embargo, al quinto año o tal vez antes, la situación empezó a cambiar; aquellas virtudes empezaron a desvanecerse. Hoy Dios hace esa misma obra en muchos de Sus hijos. El elimina todas las cosas; no solamente las mundanas, sino también las espirituales. Antes de que ustedes fueran salvos, los elementos mundanos usurpaban el lugar de Cristo, pero después de ser salvos, son las cosas y asuntos espirituales las que ocupan el lugar que le corresponde a El. Un día Dios nos muestra que "Cristo lo es todo para uno". Dios ya nos libró de las cosas del mundo, y ahora El está quitando las cosas espirituales que quedan en nosotros. El erradicará nuestra paciencia, nuestro amor, nuestro poder, nuestra mansedumbre, nuestra humildad y todo lo que tenemos. Nos mostrará que no vivimos por la paciencia, sino por una persona. De modo que seremos pacientes por haber recibido a una persona, no por haber recibido un poder; seremos humildes no por haber recibido una virtud, sino por la persona que recibimos. Todo lo espiritual tendrá que irse, y todo lo de uno tendrá que desaparecer.

Por esta razón, Dios sigue derribando y edificando en Sus hijos. Diariamente El derriba virtudes y edifica a Cristo. Esta es la manera en que Dios trabaja en Sus hijos. Anteriormente Dios pudo habernos dado la facultad de ser pacientes. Estábamos tan seguros de aquello, que podíamos declarar: "Mi problema con el mal genio terminó". Después examinamos nuestra humildad, y Dios nos concedió otra virtud, la capacidad para humillarnos, y también pudimos decir que nuestro problema con el orgullo estaba resuelto. Cuando vemos algo sin resolver, acudimos al Señor en oración para tratar de hallar solución; de manera que siempre estamos ocupados resolviendo problemas. Hermanos, Dios nos quitará muchas cosas y nos dará a cambio una persona. Esta persona será nuestra humildad, nuestra paciencia, nuestra mansedumbre y nuestro amor. El es el que es. Cuando le obtenemos, podemos decir: "Dios, Tú eres el Yo Soy". En esto radica la vida cristiana. Dios continuamente derriba y edifica. El continuará esta obra hasta que podamos decir que Cristo lo es todo para nosotros. Un día el universo entero confesará que Cristo lo es todo. Pero antes Dios desea que nosotros mismos confesemos que Cristo es todo para nosotros.

Yo tengo bajo mi cuidado a muchas personas y me siento responsable de su condición espiritual. Cuando me encontraba con algún hermano que estaba errado en algo, por lo general trataba de exhortarle, pero lo único que podía decirle era: "Hermano, te falta más amor. Tienes que amar más a tu hermano". Tal vez él tuvo éxito en eso, y yo pude haberme sentido bien al ver que mi consejo surtió efecto. Pero en realidad lo que él recibió fue amor, y no a Cristo. El amar a aquél hermano no fue una persona, sino una simple virtud, una manera de comportarse. Así es la vida cristiana que se basa en la conducta, lo cual no pasa de ser un buen comportamiento, y no es más que las obras, la búsqueda, la aspiración, la oración, la fe y la recepción humana en procura de una virtud llamada amor. Esta es la razón por la que digo que para muchos el amor es sólo una cosa y una forma de comportarse. Pero si ese amor es Cristo, la historia es totalmente diferente. Es la persona de Cristo la que es todo, ya no es el hermano; es Cristo, y no él, el que

ama. Esto convierte al amor en una ley de vida, en vez de un acto de la voluntad. Esta es una clase diferente de creyentes.

No sé si ustedes han visto esta diferencia. ¿Qué sienten cuando le brindan cierta ayuda a un hermano, abren sus ojos y le ayudan a seguir adelante en el Señor? Lo más difícil que enfrentamos en la actualidad es que muchos están enfrascados en actividades y virtudes cristianas, pero no conocen a Cristo ni han comprendido que todo lo pertinente a Dios se resume sencillamente en Cristo.

OTRO NIVEL EN EL CONOCIMIENTO DE CRISTO

¿Qué significa conocer a Cristo por medio de los asuntos y las cosas? Significa saber que El es nuestros asuntos y nuestras cosas. Algunos pueden decir que conocen a Cristo como su paciencia, su amor o su humildad; esto es conocer a Cristo. Una vez que una persona tiene este conocimiento, se produce en ella un cambio profundo. Cuando experimenta este cambio, puede decir que su mundo no consta de cosas inanimadas. Creo que algunos de nosotros podemos afirmar esto sabiendo lo que significa. En mi mundo espiritual, no hay muchas cosas; ahí sólo habita Cristo. Yo no tengo ninguna santidad; sólo tengo a Cristo. Sin embargo, esto no significa que yo no sea santo, sino que Cristo llegó a ser mi santidad. Si usted tiene esta experiencia, inmediatamente verá que Cristo es el que es. Este es el punto central de todas las cosas, que Cristo lo es todo. Si usted experimenta esto, será liberado de girar en torno a cosas externas. El único interrogante que nos queda es si usted conoce a este Cristo o no. Este no es un asunto de oración, de exhortación ni de ser animados.

Anhelo ver que mis colaboradores presten más atención a este asunto. Esto no depende de la exhortación ni del ánimo que demos a otros. Si usted trata de animar a alguien, en el mejor de los casos sólo podría alentarle a hacer algo por su cuenta; pero lo único que realmente vale es que Dios abra sus ojos para que conozca a Cristo. Aun si yo les repitiera cien veces lo que he dicho, sería inútil. Pero si Dios abre nuestros ojos para que veamos que es a Cristo a quien necesitamos, todo será diferente. Muchos conocen a Cristo como Aquel que nos justifica, sin embargo, siguen temiendo a Dios pues desconocen que Cristo es su justicia. Muchos otros conocen a Cristo como el Santificador, pero siguen sin estar santificados. Esto se debe a que piensan que todavía necesitan la santificación. Creen que el Señor es el que los santifica, y le piden que les dé la fuerza para llegar a ser santificados. Quieren ser santificados, pero cuando tratan de santificarse, se dan cuenta que no pueden lograrlo. Ellos solos no pueden santificarse. Pero un buen día, Dios les abre los ojos y les da luz para que vean que Cristo es su santificación. Dios no les pide que se santifiquen ni les da fuerzas para que se santifiquen, sino que Cristo en ellos llega a ser su santificación. Cuando esto sucede, todos los problemas se van, ya que Cristo llega a ser el Yo Soy. Yo puedo perder mi poder pero no podría por ningún motivo perder a Cristo. Mi santificación no es algo que yo logre, sino algo que El hizo en mí. Una vez que entiendo lo que Cristo es para mí, todos los problemas son resueltos. Cristo es el que es. Yo no tengo nada más que decir.

El problema es que aunque muchos sabemos que Cristo es nuestro Señor, no sabemos que Cristo es la realidad de todos nuestros asuntos y virtudes. Todos aquellos que lo conocen sólo como el Redentor, como el que justifica o el que santifica, o como otras de Sus funciones o títulos, únicamente conocen Su obra; no saben lo que El es. Pero Dios quiere que lo conozcamos como nuestra redención, nuestra santificación y nuestra justicia.

Permítanme preguntarles: ¿El Señor Jesús que ustedes conocen, es su Salvador o su salvación? ¿Es su Libertador o su liberación, su Santificador o su santificación, su Justificador o su justicia? Aquellos que sólo lo conocen en Sus funciones o títulos (como el Salvador, Redentor, Libertador, etc.), lo conocen sólo de una manera superficial. Si lo conocemos como todos los asuntos y virtudes, entramos en otro nivel del conocimiento de Cristo, un nivel más elevado y más profundo.

El problema de los hijos de Dios es que quieren obtener demasiadas cosas. Cuando conocemos al Señor como aquel que "es", nuestras virtudes llegan a ser una persona, y todo se soluciona. Entonces el propósito de Dios, el cual El desea cumplir en la eternidad, se cumplirá en nosotros.

En tanto que nuestra santidad, redención, regeneración, poder, gracia y dones sigan siendo cosas, nos encontraremos tocando apenas la superficie de la vida cristiana. Pero cuando ya no busquemos estas cosas, sino al Señor mismo, empezaremos a conocer a Dios y comenzaremos a entrar en la meta del propósito eterno de Dios. A partir de entonces, no veremos las muchas cosas de este mundo; veremos únicamente al Señor. El Señor llegará a ser aquel de quien dependan todos los asuntos.

Esta es la razón por la cual dije que muchas personas tienen cosas que son muerte. Sólo cuando entiendan a lo que nos referimos, sus cosas llegarán a ser una persona. Esta persona es el Señor. Nuestra regeneración no es una cosa, sino una persona. Tenemos una regeneración personificada, no una cosa. Todo lo que tengo es personificado, porque todo lo que tengo es el Señor. Primeramente, el Señor nos guía a conocerle. Después, nos guía a entender que El es todas nuestras cosas. Cuando somos guiados a conocerle como todas las cosas, somos librados de nuestra propia vida, del mundo espiritual y de las cosas espirituales. De ahí en adelante, diremos que el Señor es todo en todo. Y seguramente diremos que El es todo en nuestra vida diaria. Si soy paciente, no lo soy por mis esfuerzos, sino porque Cristo es mi paciencia. Ahora cuando amo, no soy yo el que lo hace, pues no tengo la capacidad de amar, pero hay una persona dentro de mí que ama. Si puedo perdonar, no es porque yo perdono ni porque haya hecho algún esfuerzo, sino porque hay alguien dentro de mí que siempre perdona, y El perdona en mí. Somos humildes no porque nos hayamos dado cuenta de nuestro orgullo y hayamos decidido volvernos humildes. No llegamos a ser humildes suprimiendo nuestro orgullo, ni por tomar la determinación de serlo, sino porque una persona que mora en nosotros expresa Su humildad. En realidad, El es nuestra humildad y por eso podemos ser humildes. Esta es la ley de vida de la

cual hemos estado hablando durante los últimos meses. La ley de vida no es otra cosa que Cristo como nuestro todo y nuestra vida.

Hermanos, que el Señor abra nuestros ojos. Oremos para que El verdaderamente nos ilumine, de tal modo que podamos ver. Todas las cosas llegarán a su fin, y sólo El permanecerá. Por lo tanto, sólo debemos tenerle a El.

CAPITULO CINCO

NO ASUNTOS NI COSAS BUENAS, SINO CRISTO

Lectura bíblica: Jn. 8:28; Col. 3:3-4; 1:16-20

LOS PENSAMIENTOS Y LAS EXIGENCIAS DEL HOMBRE

El primer don que recibimos de Dios fue Su Hijo, Cristo. Sin embargo, cada persona tiene una medida diferente de conocimiento de Dios. Entre los hijos de Dios, algunos conocen al Señor Jesús como uno de los muchos dones de Dios, mientras que otros lo conocen como el único don que Dios les dio. Estos declaran que el Señor Jesús es el don de Dios, mientras que aquéllos aceptan al Señor Jesús sólo como su primer don, y luego siguen viendo muchos otros dones. Existe el primer don, pero también el segundo, el tercero, el cuarto, el quinto, el décimo, el milésimo y así sucesivamente.

Cuando el hombre cree en el Señor, le acepta y recibe la salvación. Pero después descubre que, a pesar de haber sido salvo, todavía tiene muchas deficiencias y necesidades.

Algunos descubren que tienen un carácter irascible, y aunque son salvos, todavía son muy temperamentales. Otros se dan cuenta de que son muy orgullosos; aunque son salvos, su orgullo permanece. Otros descubren que son mansos y tímidos y que aún después de recibir la salvación, lo siguen siendo.

Por esta razón, encontramos que muchos de los hijos de Dios, después de creer en el Señor Jesús y ser salvos, esperan, piden, creen y oran delante del Señor y, por consiguiente, reciben muchos dones. Ellos toman al Señor Jesús como el Dador de los dones y lo consideran uno más de los muchos dones de Dios. Para ellos, El es sólo el primer don entre muchos.

Es muy interesante notar que cuando empezamos a seguir al Señor, descubrimos muchas necesidades en nosotros. Pensábamos que como ya éramos creyentes, no debíamos hacer ciertas cosas. No importaba qué clase de deficiencias tuviéramos, tan sólo por ser deficiencias, las considerábamos equivocadas. Por esta razón, oramos a Dios, esperamos, creímos, nos esforzamos y, con el tiempo, recibimos algo. En ese entonces, parecía difícil vencer nuestras deficiencias y nos regocijamos en nuestro corazón por haber recibido un don.

En circunstancias semejantes, muchos de los hijos de Dios empiezan a pensar que el propósito de los dones y de la gracia es sólo suplir su escasez. Si alguien escucha esto, podría preguntar: "¿Si el fin de la gracia de Dios no es suplir mis necesidades, entonces cuál es?" Muchos piensan que la única función de la gracia de Dios es llenar sus vacíos. Esto es comparable con el caso de una Biblia que se

compone de dos mil páginas. Si le faltara una, trataríamos de conseguirla de algún modo. Eso mismo hacemos cuando queremos utilizar la gracia de Dios para llenar nuestra escasez. En otras palabras, pensamos que sólo nos falta una pequeña parte y nos imaginamos que al llenarla, seremos perfectos. Alguien dijo que le faltaban cinco cosas, y que tan pronto las obtuviera, estaría completo. Otros han dicho que les faltan diez virtudes y que tan pronto las consigan, quedarán satisfechos. Algunos pueden decir que tienen amor, y que sólo les falta algo de humildad, un poco de paciencia y unas cuantas cosas más; piensan que tan pronto obtengan lo que les falta, todo estará bien. La mente del hombre se centra en su necesidad o escasez. ¿Qué hace ante esto? Ora a Dios, y le pide que supla lo que le falta.

Sin embargo, el problema de muchos de nosotros es que nos hemos dado cuenta de que lo que pensamos que nos falta y lo que pedimos a Dios son simplemente "cosas" y no el Señor mismo. Nuestra escasez y nuestras oraciones siempre giran en torno a asuntos y cosas, todo lo cual es personal, individual y definible. Decimos que nos falta esto o aquello, y que si Dios nos lo da, todo estará bien.

Nos falta paciencia. ¿Pero qué tipo de paciencia buscamos? Por lo general, nuestros ojos no se dirigen al cielo. Si tal fuera el caso, miraríamos hacia arriba. Pero en la mayoría de los casos no miramos arriba, sino a nuestro alrededor. Suspiramos y pensamos que algunos hermanos están bien, pero nosotros no; ellos tienen paciencia y son mansos, mientras que nosotros tenemos mal genio y somos arrogantes. Quisiéramos ser tan pacientes y mansos como ellos. En cierta ocasión le pedí al Señor (quizá mi primera oración) que me diera una Biblia como la de cierto hermano. Nosotros sólo podemos orar por cosas que vemos, por cosas que hemos visto o por cosas que otros tienen. No podemos orar por algo celestial que nunca hemos visto. Por lo tanto, cuando oramos, pedimos paciencia como la de cierta persona, o humildad como la de otra. En nuestra mente ya tenemos un cuadro de lo que son la paciencia y la humildad.

Si cuando fuimos salvos Dios nos hubiera dicho que le iba a quitar la paciencia a cierta persona para dárnosla a nosotros, ¿no nos habríamos regocijado? Si pudiéramos tener más paciencia y más humildad de la que tenemos, estaríamos satisfechos y pensaríamos que somos perfectos.

Para muchos de nosotros la paciencia es algo que otros poseen. Entre los hermanos hay cierta virtud llamada paciencia, y nosotros quisiéramos tenerla. A menudo nos aborrecemos a nosotros mismos por tener tan mal genio, y culpamos a nuestros padres por habérselo legado. Desearíamos ser como otros, porque tienen algo que a nosotros nos falta. Muchos hijos de Dios procuran la paciencia como una virtud aislada; quieren algo que les impida enojarse y creen que necesitan esa virtud. Dios tiene esta virtud, y ella se encuentra en muchos lugares de la tierra, pero ellos no la poseen. Piensan que necesitan paciencia para no volver a enojarse.

En esto radica la diferencia entre un creyente genuino y uno que no lo es. Muchos hijos de Dios buscan cosas que piensan encontrar en alguna parte fuera de ellos mismos; esperan hallarlas en el señor Chang o en el señor Yu o en el señor Hsu o en esta o aquella persona, pero no en ellos mismos. Buscan algo que puede ser hallado en la tierra. Muchos piensan que eso es ser cristiano; por consiguiente, anhelan y procuran cosas, y eso es precisamente lo que obtienen. Muchos sólo reciben cosas, y su corazón se regocija y agradece al Señor por haberlas recibido.

EN EL MUNDO ESPIRITUAL SOLO SE HALLA CRISTO

Muchos creyentes no saben que en el mundo espiritual no hay una cantidad de elementos; allí solamente se halla Cristo. En el mundo espiritual no hay paciencia ni humildad ni santificación ni luz, sino únicamente Cristo.

El Señor tiene que hacer una obra profunda en nosotros, pues eso es lo que necesitamos. Si no se prestara a malentendidos, les diría que necesitamos una segunda salvación. Cuando fuimos salvos, vimos que nuestra necesidad era Cristo y no las obras; que la salvación se obtenía por medio de Cristo y no por obras. Ahora necesitamos otra visión clara y profunda: no necesitamos cosas, sino a Cristo. Necesitamos una experiencia tan sólida y profunda como la de nuestra salvación, y necesitamos que muchas cosas sean derribadas como sucedió entonces. Cuando fuimos salvos, muchas cosas fueron derribadas y obtuvimos a Cristo. De la misma manera, muchas cosas deben ser derribadas en nosotros hoy. La diferencia radica en que lo que fue derribado la primera vez eran cosas pecaminosas, mientras que hoy deben ser derribadas cosas espirituales. La primera vez fue el orgullo, los celos, la vanagloria, la ira y otros pecados; ahora son la paciencia, la humildad y la presunta santidad. Tales cosas deben ser derribadas para que podamos ver que Cristo es nuestra vida, y que El es el que es. En esto consiste la vida cristiana interior, la cual es diferente de lo que comúnmente se oye entre el pueblo cristiano.

Si ustedes no se ofendieran, les hablaría con franqueza. Muchos hermanos han venido a hablar conmigo haciéndome muchas preguntas. Sólo les he podido decir que tal vez ustedes piensen que son mejores que otros, pero temo que por el resto de sus vidas no dejarán de ser lo que son hoy. Tienen muchas virtudes, una gran paciencia y una profunda humildad. Son personas muy aptas y amables. Son afectuosos, serviciales y comprensivos. Están dispuestos a hacer cualquier cosa por otros. Desde el punto de vista humano, es difícil hallar un creyente como ustedes. Pero, aun así, debo decirles francamente que todo lo que poseen son sólo "cosas". Deben comprender que lo que es verdaderamente espiritual ante el Señor no son las cosas, sino el Señor Jesucristo mismo. No es importante lo que ustedes sean, lo que puedan hacer ni lo que tengan; lo único que cuenta es Cristo. Lo único que tiene valor espiritual es lo que Cristo haya realizado en ustedes. En el mundo espiritual no hay muchas cosas; sólo está Cristo, y El es la realidad de todos los asuntos y las cosas de Dios.

AL TOCAR A CRISTO, TOCAMOS LA VIDA

Permítanme compartir algunas aplicaciones prácticas. Discúlpennme por mencionar algunas de mis experiencias personales. Hace algunos días un hermano tuvo un accidente en su casa. Ya que soy uno de los responsables de la iglesia, fui a visitarlo, le manifesté mi disposición de brindarle ayuda y le expresé mi interés por su caso; pues no quería dejar para después lo que era mi deber. Debemos ser creyentes llenos de amor o no ser creyentes en absoluto. Sin embargo, lo extraño fue que cuando decidí ir a visitar a este hermano, mientras me dirigía hacia su casa, interiormente me sentía cada vez más frío. Nada parecía responder en mi interior. Inmediatamente comprendí que lo que estaba haciendo era sólo un esfuerzo por actuar amorosamente; estaba tratando de expresar amor fraternal, pero como era yo el que lo estaba haciendo, aquello me llevó a experimentar muerte. Estaba haciendo lo correcto y era algo bueno, pero no era Cristo pues lo estaba haciendo por mi propio esfuerzo. El resultado de aquella acción fue muerte interior. Experimenté muerte y mucha frialdad en mi interior. La acción que realicé no me infundió nada de vida; sólo fue un acto humano de amor carente del Señor. Llegué a la conclusión de que fui yo el que amó. Siempre que tocamos a Cristo, recibimos vida. Pero siempre que nos involucramos en alguna actividad sin el Señor, obtenemos muerte. Cada vez que tratemos de hacer algo por nuestro propio esfuerzo, sin duda obtendremos muerte.

Tengamos presente que la vida cristiana se relaciona exclusivamente con Cristo; es únicamente Cristo. No es un cúmulo de virtudes. Si pudiéramos reunir toda la paciencia del mundo y millares de virtudes, no podríamos con ello producir un creyente. Si le añadimos toda la humildad que existe sobre la tierra, tampoco podríamos lograrlo. Si juntáramos millares de virtudes, lo que tendríamos sería un gran cúmulo de "cosas", pero no a Cristo.

Hace algunos años, mis colaboradores bromeaban conmigo acerca de no pasar vergüenza y guardar las apariencias. Yo no sólo trataba de protegerme a mí mismo, sino también a otros, pues no me gustaba dejar a otros al descubierto y tampoco que otros se sintieran apenados después de salir de mi casa; no quería que se sintieran mal por lo que yo dijera. Antes de que otros se sintieran avergonzados de alguna forma, yo me avergonzaba primero por ellos. Me gustaba ser una persona amable, pero cuando trataba de ser bueno y amable ante los hermanos, algo dentro de mí me indicaba que estaba en muerte. Inmediatamente experimentaba la muerte espiritual, y la vida se extinguía en mí. Esto obedecía a que la amabilidad era sólo una virtud, era algo que yo desarrollaba; aquello no era Cristo. Por eso inmediatamente caemos en muerte; es como tocar un cadáver. Quedamos débiles e imposibilitados. Algo dentro de nosotros se derrumba y nos dice que todo se ha perdido.

El problema radica en que siempre que nos involucramos con una "cosa", no hayamos nada en ella excepto muerte. Una vez que obtenemos una cosa, inmediatamente sentimos muerte, ya que aquello no es Cristo. Pero si tocamos a Cristo, inmediatamente tocamos la vida, ya que Cristo es la vida.

SOLO EL ARBOL DE LA VIDA TIENE VIDA

Con frecuencia nuestras propias obras nos condenan. Aquellos que sirven al Señor procuran serle más útiles. Es bueno y correcto servir al Señor, pero el servicio que le rendimos requiere en muchas ocasiones que suframos, que nos sacrifiquemos y que invirtamos nuestras energías y nuestro dinero. Sin embargo, lo extraño de esto es que muchas veces cuando hacemos estas cosas, no tocamos la vida. Por el contrario, recibimos muerte, nos debilitamos y sentimos que algo está mal en nuestro interior. Algo dentro de nosotros nos dice que estamos mal. ¿Por qué sentimos eso? Mientras sirvamos al Señor, trabajemos y planeemos hacer cosas para El, nos debilitaremos y algo dentro de nosotros nos reprenderá enérgicamente. En muchas ocasiones la reprensión que sufrimos por causa del pecado es menos severa que la que recibimos cuando procuramos efectuar actividades buenas.

Muchos piensan que el Señor sólo los reprenderá interiormente cuando pequen. ¡Pero no es así! Frecuentemente el Señor nos reprende mientras estamos haciendo algo bueno. El debido principio ante los ojos de Dios no es el principio del árbol del conocimiento del bien y del mal, sino el principio del árbol de la vida. No basta con diferenciar entre el bien y el mal; todo depende de la vida. Todo aquel que se alimenta del árbol del conocimiento del bien y del mal, ciertamente morirá. Sólo el árbol de la vida nos infunde vida.

LAS DOS CLASES DE VIDA CRISTIANA

Entre los hijos de Dios encontramos dos clases de vida cristiana. Una de ellas se encuentra llena de virtudes, y la otra sólo se compone de Cristo. Exteriormente, ambas parecen igualmente buenas. No notamos ninguna diferencia entre ellas. Una habla acerca de la humildad, la mansedumbre, el amor y el perdón, y la otra habla de lo mismo. Externamente ambas son más o menos lo mismo; aparentan ser la misma cosa. Pero en una de ellas sólo encontramos una larga lista de virtudes, mientras que en la otra encontramos a Cristo. En realidad, las dos son completamente diferentes.

CON CRISTO ES NECESARIA LA CRUZ

Me gustaría recalcar que cuando tenemos virtudes, no necesitamos la cruz. Pero con Cristo sí es necesaria la cruz. Esta no sólo nos restringe del pecado, sino también de nuestras propias actividades. La cruz no sólo nos dice que no debemos pecar, sino que también nos prohíbe realizar nuestras propias actividades. El problema de los hijos de Dios es que piensan que todo está en orden siempre que hagan lo bueno. No han visto que el bien es sólo "cosas". A Dios le interesa Cristo. Cristo es la verdadera virtud. El es la vida. Si El no se mueve, nosotros no actuamos. Es fácil decir muchas palabras reconfortantes a otros, pero si no es Cristo quien las dice, no debemos proferirlas, pues si lo hacemos, tocaremos la muerte, nos debilitaremos, decaeremos y nos derrumbaremos. Podemos ayudar a otros de muchas maneras. Podemos ser muy

amables, a tal grado que piensen que somos muy buenas personas. Pero cuando actuamos así, algo se derrumba dentro de nosotros y nos debilitamos. Por eso vemos que necesitamos la cruz. Las muchas virtudes que obtenemos por medio de las buenas obras no requieren la cruz. Necesitamos la cruz para permitir que el Señor viva en nosotros y sea nuestro todo. Cuando El no actúa, nosotros no debemos movernos. Tenemos que pedirle al Señor que nos libre de nuestras acciones buenas y justas de la misma manera que le pedimos que nos libre de nuestros pecados. Es fácil pedirle que nos libre de nuestros pecados, pues nosotros mismos los condenamos, pero no es fácil pedirle que nos libre de nuestra vida natural, pues muchos aún no la hemos condenado ni nos hemos dado cuenta siquiera de que la tenemos, y por consiguiente, tampoco la hemos rechazado.

CRISTO ES NUESTRA SANIDAD

¿Qué significa el hecho de que Cristo sea la realidad de todos nuestros asuntos y nuestras virtudes, y qué significa para nosotros tenerlo como tal realidad? Creo que podemos usar una analogía al respecto con nuestro cuerpo físico. Muchos son débiles físicamente, y piden a Dios que los sane. Podemos encontrar tres clases de resultados, o tres clases de fe en esta petición. Algunos creen que Dios los puede sanar; otros creen que El les dará salud; pero otros creen que El es su sanidad.

¿Cómo ora una persona que tiene una enfermedad y qué busca? El supone que Dios lo puede sanar. Como Dios es viviente, él lo busca para que lo sane, lo toque con Su poder, para que sea su médico y manifieste Su poder sanador en él. Si éste es el caso, su Dios está tan lejos de él como su doctor. Me pregunto si entienden a qué me refiero, pues ésta es una palabra crucial. Mucha gente quiere que Dios sea su sanador, pero la distancia entre Dios y ellos es tan grande como la distancia entre ellos y los doctores terrenales.

Otros tienen un concepto algo más elevado y le piden a Dios que les dé salud. Así que, un buen día Dios los sana. Muchos oran, suplican y esperan ser sanados; sin embargo, ¿por qué están débiles continuamente? Hay muchos que esperan que Dios los sane pero continúan siendo débiles. Sin embargo, tener a Dios como el sanador, y ser sanados, son sólo experiencias externas; no son más que cosas.

¿Cuál es el resultado de estas experiencias? Muchas veces Dios está dispuesto a sanarnos. No estoy diciendo que no lo pueda hacer; Dios sí puede sanar a Sus hijos. Pero muchas veces El no lo hará, sino que los dejará en la condición en que estén para enseñarles algo. Cuando creímos en el Señor, Dios estaba dispuesto a sanarnos. Pero después de un tiempo, El nos tomará en Sus manos, nos educará y nos enseñará lecciones. Entonces dejará de ser nuestro sanador. Dios reserva lo mejor para aquellos que El considera lo mejor; El llega a ser la sanidad de ellos. No les da sanidad, sino que *El llega a ser susanidad*. Para ellos, El no llega a ser el Dios que sana, sino el Dios viviente que es su sanidad. Dios es nuestra sanidad. No sé cómo expresarlo más claramente; sólo puedo decir de la manera más reverente delante del Señor, que Cristo es nuestra sanidad.

El problema es que muchos ven la sanidad como una cosa aislada. Piensan que es algo aparte de Cristo y que todo termina después de que El efectúa tal acción. Recordemos la historia de la mujer que tocó a Cristo y cómo el Señor sintió que de El salió poder. La Biblia dice que el Señor percibió que de El había salido poder (Lc. 8:46). Me tomo la libertad de declarar explícitamente que Cristo mismo brotó como poder. El no estaba efectuando una sanidad, sino que El era la sanidad. Cuando El llegó a ser la sanidad, los hombres fueron sanados.

Con frecuencia podemos encontrarnos débiles aunque sigamos alimentándonos. No obstante podemos levantar nuestra cabeza y decirle al Señor: "Señor, no espero que seas mi sanador sólo para alejarme después que me hayas sanado. Tampoco espero que me sanes y luego te alejes. Aunque mi salud permanezca, espero que Tú, Señor, seas mi sanidad. Es cierto que Tú me sanas, pero deseo que seas el sanador que mora en mí. Mi sanidad debe ser una persona; una persona que haya venido a ser mi salud". Dios llega a ser nuestra salud. Cristo llega a ser nuestra salud. ¿Existe alguna diferencia entre ser sanado y conocer a Cristo como nuestra sanidad? Sí, ¡hay una diferencia enorme! Cuando aprendí esta lección, vi que no sólo poseía algo llamado sanidad, sino que poseía una persona que había llegado a ser vida para mi cuerpo. Al comprender esto, todos mis problemas se solucionaron y vi que mi cuerpo tenía una estrecha relación con el Señor. Cuando tengo un problema con el Señor, mi cuerpo inmediatamente tiene un problema con El. Si El quiere pasarnos por pruebas o hacer algo más con nosotros, no podemos resistirnos. Todo lo que tenemos depende del Señor. Sólo podemos acudir a El; no podemos hacer nada más. Esto es absolutamente diferente de tomar la sanidad como un beneficio aislado.

Doy gracias al Señor por sanarme muchas veces. Puedo contar que yo estaba enfermo cierto día de cierto mes de cierto año, y que Dios me sanó en cierto día de cierto mes de cierto año. Puedo contar muchos casos en los que fui sanado a una hora específica de un día específico y en cierto mes de cierto año. Puedo contar muchos casos de sanidad, pero aquellas sanaciones fueron pequeñas. Fueron beneficios aislados que pueden enumerarse. Si tengo un caso, dos, diez o veinte casos, los puedo enumerar. Sin embargo, puedo contarles también otra historia, que a cierta hora de cierto día, de cierto mes de cierto año, Dios abrió mis ojos para ver que Cristo es mi sanidad. Esto es algo que no puede repetirse ni cuantificarse. Con una vez basta. No es un caso que pueda ser enumerado; es una persona; es la sanidad personificada. Mi sanidad es una persona que está en mí continuamente como mi sanidad. Gloria al Señor porque éste es un hecho. Recibir una sanidad de parte de Dios y tenerle como mi sanidad son dos cosas completamente diferentes. Una es una "cosa", y la otra es una persona.

Pablo no fue sanado, sino que recibió a Aquel que es la sanidad. ¿Podemos ver la diferencia entre estas dos cosas? Pablo mostró en 2 de Corintios 12 que él no fue sanado (v. 9). El no recibió eso que llamamos sanidad. En Pablo vemos una persona que era continuamente su sanidad. Su debilidad permaneció con él, pero su sanidad también permaneció con él. Su debilidad era crónica, pero su sanidad habitaba en él. ¿Qué es la sanidad? Para nosotros, sanidad es eliminar algo. En

realidad, la sanidad no es quitar algo, sino obtener algo. La sanidad no es la ausencia de la debilidad, sino la presencia del poder.

Cuando vi este asunto por primera vez, la luz vino poco a poco, ya que mi mente estaba llena de cosas; estaba completamente rodeado de cosas. No comprendía que el Señor quería ser las cosas que yo buscaba, y no entendía que la sanidad no era una cosa. Únicamente sabía que el Señor me había prometido algo; no sabía que el Señor quería ser mi sanidad. Sólo sabía de la promesa del Señor; no había conocido al Señor como mi sanidad. Un día leí el relato de Pablo en 2 Corintios y me pareció bastante extraño. Al Señor le habría sido fácil otorgarle la sanidad. Quitar el aguijón era tan fácil para el Señor como lo es para un doctor eliminar los microbios. ¿Por qué el Señor no sanó a Pablo? Yo le pregunté al Señor esto en oración, y mientras oraba, El me mostró algo. En 1923 el hermano Weigh me invitó a predicar en cierto lugar. Para llegar allí tuve que tomar una pequeña embarcación y viajar a lo largo del río Min. Con bastante frecuencia las embarcaciones se atascaban en el lecho del río, debido a que el agua no era muy profunda y a que las rocas eran grandes. En muchas ocasiones las embarcaciones tenían que ser remolcadas. Mientras yo oraba, me vino a la mente esa escena. Yo dije: "Dios, ¿sería fácil para Ti quitar las rocas, lo cual sería maravilloso, pues así los barcos podrían navegar libremente?" Leí 2 Corintios 12 y comprendí que esto fue exactamente lo mismo que Pablo pidió. El agua tenía poca profundidad, y las rocas estaban cerca de la superficie; Pablo oró para que Dios quitara las rocas para poder navegar con facilidad, pero en vez de eso, El hizo que el nivel del agua aumentara, y así la embarcación pudo pasar sobre las rocas. Esto es lo que Dios hace hoy. Nuestro problema, el cual se expresa en nuestra oración, radica en que sólo buscamos la sanidad aisladamente. Pero la respuesta del Señor es que El mismo es nuestra sanidad. Cuando El está presente, podemos trascender a nuestros problemas. La debilidad de Pablo todavía estaba presente. El no luchó con sus propias fuerzas para combatirla. Si lo hubiera hecho, únicamente habría podido decir que su propio empeño acampaba sobre él. Pero fue el poder de Cristo el que acampó sobre él (v. 9). Era Dios quien operaba. Aquí vemos una diferencia básica. El hecho de que Dios me dé algo es completamente diferente a que El mismo sea ese algo. Dios en mí llega a ser lo que necesito.

LAS COSAS NO PERDURAN PARA SIEMPRE

Las cosas espirituales tampoco perduran eternamente. ¿Qué es lo que muchos buscan y desean? Ellos buscan "cosas". Muchas hermanas han venido a mí y me han dicho que desean tener paciencia. Me parece que la palabra "paciencia" era muy pequeña para ellas. Ellas deseaban poder ser pacientes; pensaban que sería maravilloso que Dios les diera una dosis de paciencia y que al tomarla, llegarían a ser pacientes. Ellas buscaban una paciencia que les durara de tres a cinco días, pues tendría una fecha de vencimiento. Con el tiempo, la palabra "paciencia" se fue empequeñeciendo, hasta que un día se extinguió. Si lo que pedimos es una cosa, ésta llegará a su fin algún día. Aún cuando sea algo que uno reciba por medio de la oración, se terminará. Algunas veces Dios contesta las oraciones de

Sus hijos para satisfacer sus necesidades inmediatas y para complacerlos. Pero esto no lo hace siempre.

En el mundo de Dios no hay muchas cosas, pues allí Cristo lo es todo y está en todo. Dios únicamente tiene a Cristo. El no permitirá que la paciencia, la humildad o el amor perduren indefinidamente sobre la tierra como virtudes aisladas. ¿Qué quiere El al final? El quiere mostrarnos que Cristo es la paciencia, la humildad y el amor. El no nos da virtudes sino a Cristo. Un día, cuando tengamos la debida relación con el Señor, se resolverá el asunto de la paciencia. Lo que en realidad importa es Cristo, no la paciencia. Una vez que nuestra relación con Cristo se normalice al grado que Dios espera, el problema de la falta de paciencia se resolverá, lo mismo que la cuestión del orgullo y diez mil asuntos más. El resultado será Cristo, y no virtudes.

EL CONOCIMIENTO DE CRISTO

Basándonos en lo anterior, podemos decir que ante Dios todo depende del conocimiento que tengamos de Cristo. ¿Qué significa conocer a Cristo? Muchos conocen a Cristo como su amor, y otros como su humildad. Algunos lo conocen más, y otros menos. Cualquier cosa que ustedes piensen que Cristo es, tal cosa llega a ser su conocimiento personal de Cristo. En esto consiste conocer a Cristo. Conocer a Cristo no es un término abstracto ni es algo estático. Nuestro conocimiento de Cristo es algo positivo y palpable. Conocemos a Cristo al conocerle como las diferentes cosas que recibimos; reconocemos que El es cierta virtud para nosotros.

Algunos de ustedes pueden testificar: "Yo no sabía lo que era ser limpio, debido a que todo mi ser, mi corazón, mi mente y mis pensamientos, estaban sucios. Pero gracias al Señor que Cristo llegó a ser mi limpieza. Dios ha hecho que Cristo sea mi limpieza". Pueden darse cuenta que esta virtud no es algo que ustedes tienen, sino que es Cristo. Cuando Cristo vive en uno, El trae consigo todas estas cosas. En esto consiste la verdadera vida cristiana.

Debo decir francamente que a menos que un hijo de Dios tenga los ojos abiertos y vea que todo lo que necesita es Cristo, no será muy útil, ya que lo único que tiene es su comportamiento y su esfuerzo continuo. Aún si ora y Dios le da algo, sólo obtiene cosas temporales que no tienen ningún valor espiritual ante Dios.

Para algunos, la gracia de Dios viene en forma de artículos individuales y separados, pero para otros, viene en la forma de una persona, la cual es el Hijo de Dios. Un día ustedes le dirán a Dios: "Te agradezco y te alabo porque la gracia que recibí es Cristo. Mi gracia es algo personificado, es una persona". Cuando vean la diferencia entre estas dos cosas, entenderán la diferencia entre la vida y la muerte. Muchos hermanos únicamente pueden diferenciar entre el bien y el mal, entre lo bueno y lo malo, pero no entre la vida y la muerte. Esto se debe a que ellos no ven que todas las cosas están en Cristo. El, la persona, es los asuntos y

las virtudes. En la esfera espiritual, sólo está Cristo; no hay un cúmulo de asuntos ni de cosas.

Si algún día Dios abre nuestros ojos, veremos que las virtudes que recibimos y lo que pedimos no pasan de ser cosas. Esto es extraño, pero es cierto. Un hombre puede estar lleno de muchas virtudes; puede ser paciente, manso, humilde, fiel, amoroso, cariñoso, benigno y misericordioso; puede estar lleno de muchas cualidades. Pero sólo se ve en él un gran cúmulo de cosas. Al menos se puede determinar la diferencia entre el dedo y el anillo, entre la cabeza y el sombrero, entre los ojos y las gafas, y entre el cuerpo y la ropa. Si se puede determinar la diferencia entre estas cosas, se podrá notar la diferencia entre Cristo y las virtudes. Si uno nunca ha visto esto, se asombrará de oírlo, pero si ya lo ha visto, comprenderá que esto es sencillo. Las virtudes mismas son inertes, y exteriormente sólo producen muerte. Cuando uno aplica dichas cosas, si tiene alguna sensibilidad espiritual, percibirá que el resultado exterior es muerte, y que no producen vida.

Lo único que se puede decir acerca de ciertas personas es que son muy buenas y agradables. Sólo se puede ver el bien y el mal en ellas; no se aprecia nada espiritual. Se puede decir que algunos hermanos son buenos, agradables, tienen un buen carácter, son pacientes, perseverantes y abnegados. Si su paciencia, sus sufrimientos, su abnegación, su humildad y su amor son simples virtudes, uno los puede amar, pero en el momento que los toca, recibe muerte, y algo se derrumba interiormente. Habrá una reacción en contra de aquellas virtudes. La vida posee un fuerte poder de reacción. En ocasiones una persona puede expresarse afablemente, aunque lo que diga sea incorrecto, e inmediatamente se produce una reacción severa contra eso. Tomemos la reunión de oración como ejemplo. ¿Qué significa para ustedes decir amén? Significa que la vida los toca. Cuando un hermano ora, y la oración toca la vida que hay en uno, espontáneamente uno responde con un amén desde su interior. Otras oraciones podrán ser formales, elocuentes y expresadas a viva voz, pero cuanto más largas son, más frialdad interior producen. Uno desea que aquella oración cese, porque la oración es exactamente como la persona que la ofrece. Puede haber algo en esa oración, pero lo único que traerá será muerte. Así como le trae muerte a uno, les traerá muerte a los demás. Las cosas no tienen ningún valor espiritual, debido a que es el hombre el que las genera.

Si lo que presentamos es válido, no hay nada más que podamos hacer ante el Señor. Sólo podemos acudir a El; no podemos decir nada ni hacer nada. Hermanos, debemos comprender claramente que nuestras obras son abominables a los ojos de Dios. Si verdaderamente somos guiados por el Señor a seguir adelante en este camino, sin duda nos daremos cuenta de que Dios detesta el pecado y que también aborrece la buena conducta. Al hombre que peca, Dios le dice que perecerá, y al que se conduce rectamente, le dice que no puede ser salvo. Dios rechaza el buen comportamiento tanto como al pecado. Dios únicamente acepta a Su Hijo Jesucristo. Sólo cuenta lo que Cristo hace en nosotros. Damos gracias a Dios porque es El quien actúa, y no nosotros. Nosotros

no somos humildes, pero El sí. No somos nosotros los que amamos, sino El. El no nos da el poder, sino que El es nuestro poder.

Hermanos, no sé qué más decir. Espero que los que fueron salvos recientemente, pongan especial atención a este asunto. Tan pronto como sean librados de las cosas espirituales, tocarán al Señor. Cuanto más pronto, mejor. Cuanto más se demoren, menos verán. Aquellos que tienen muchas cosas acumuladas sobre sí, no pueden ver fácilmente. Dios tendrá que hacer un gran trabajo disciplinario en ellos y derrotarlos a fin de quitarles muchas cosas para que puedan tomar a Cristo. No obstante, mientras avancen algo en su vida cristiana, Dios los despojará continuamente de diversas cosas para poder darles a Cristo.

Esperamos ese día cuando todas las cosas que hay en los cielos y en la tierra serán reunidas en Cristo. Un día la Palabra de Dios se cumplirá, y Cristo lo será todo. Aquellos que no saben que Cristo es el todo hoy, no podrán esperar que El sea el todo en aquel día. Ahora Cristo es la totalidad de mis cosas. El es todas las cosas para mí. Dios ya nos dio a Su Hijo. El se nos dio a Sí mismo. Esto es lo que El nos dio. Hoy Cristo debe serlo todo en nosotros. No debe haber diferencia entre Cristo y las cosas que Dios nos da. Nada puede ser considerado como una cosa espiritual en sí misma, pues Cristo lo es todo. Todas las cosas son Cristo. Cristo lo es todo en todo. Esto tiene que empezar con nosotros en la iglesia hoy. Podemos declarar que El lo es todo porque sabemos y reconocemos que es un hecho. También podemos declarar que El está en todo. El está en nuestra paciencia, en nuestra mansedumbre y en nuestro amor. Un día (y esperamos que ese día llegue pronto) el Hijo de Dios lo será todo y someterá todas las cosas, porque ¡El lo es todo en todo! En aquel día, entenderemos lo que aprendimos hoy. ¡Que el Señor nos bendiga a todos!

ORACION

¡Oh, Señor! oramos pidiéndote gracia. Confesamos que nuestros ojos están cerrados; no vemos claramente. Sabemos acerca de las cosas, pero no conocemos a Cristo. Nuestro Señor parece muy lejano, y las cosas parecen tan cercanas. Señor, te pedimos que abras nuestros ojos para que Cristo llegue a ser real para nosotros, para que las cosas terminen y para que la vida nos llene. Señor, te pedimos que nos libres de tantas cosas, a fin de conocerte como una persona. Señor, Tú que eres nuestra persona, ven a ser todas nuestras cosas, para que todas las virtudes que nos das lleguen a ser vivientes y para que otros puedan verte a Ti en ellas. Señor, sabemos que estas dos maneras de vivir son completamente diferentes. Qué gran diferencia hay entre el camino del pecado y el de la justicia. De igual modo, cuán diferente es la senda de un verdadero creyente y la de un cristiano postizo. Muchas cosas deben ser quebrantadas. Tú tienes que quebrantarnos. No nos permitas engañarnos a nosotros mismos creyendo que hemos visto algo, cuando en realidad no lo hemos visto; ni nos dejes pensar que hemos tocado el camino correcto, cuando en realidad no lo hemos tocado; ni nos dejes pensar que estamos llenos de vida cuando toda nuestra vida gira en torno a nuestra buena conducta; ni permitas que pensemos

que estamos llenos de Cristo cuando estamos llenos de meras virtudes. Señor, tócanos; fórgate en nosotros de una manera poderosa, para que todas las cosas interiores y exteriores sean sólo Tú, Tú mismo.

Señor, bendice estas palabras para que lleven fruto y vuelvan los hombres a Ti de una manera excelente. Expresa Tú lo que el hombre no puede. Cubre las debilidades del hombre y perdona su insensatez. Obtén algo entre nosotros. Necesitamos ser puestos en evidencia. En esta ocasión quita nuestras máscaras, y permítenos vernos como Tú nos ves. Danos una pequeña luz, y resplandece en medio de toda falsedad e imitación, para que veamos claramente los substitutos y lo que no eres Tú. Bendice nuestras palabras, y glorifica Tu nombre. En el nombre del Señor Jesús, amén.

